

LA BÚSQUEDA

Y OTROS CUENTOS

FEDERICA MILANO

JON MITÓ

BEATRIZ MACIÁ

DELIA GARCÍA

MARÍA JOSÉ PIQUERAS

ELENA FRUTOS

MÓNICA ÁLVAREZ

ANA GESTEIRO

MARIBEL GARCÍA

RICARDO MORENO

TINA ZAPLANA



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

LA BÚSQUEDA

Y OTROS CUENTOS

FEDERICA MILANO
JON MITÓ
BEATRIZ MACÍÁ
DELIA GARCÍA
MARÍA JOSÉ PIQUERAS
ELENA FRUTOS
MÓNICA ÁLVAREZ
ANA GESTEIRO
MARIBEL GARCÍA
RICARDO MORENO
TINA ZAPLANA

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2023

Edición: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *La Búsqueda y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2023

C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)

Teléfono: +34 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-6-4
Depósito legal: MU 1296-2023
Impreso en España/Printed in Spain

LA BÚSQUEDA FEDERICA MILANO	9
ENTRE FLORES Y RAMAS JON MITÓ	21
NO SE PUEDE TENER UN ERIZO BEATRIZ MACIÁ	29
ALAS DE MARIPOSA DELIA GARCÍA	37
LA BENDICIÓN DE ORISA MARÍA JOSÉ PIQUERAS	45
EL ARADO EN LLAMAS ELENA FRUTOS	51
ELIGE TU DESTINO MÓNICA ÁLVAREZ	57
UN NOMBRE NUEVO ANA GESTEIRO	65
HIJO DEL CARBÓN MARIBEL GARCÍA	73
NUNCA ESTÁS SOLO RICARDO MORENO	83
EL SUEÑO DE HINA TINA ZAPLANA	89

APÉNDICE 1. LA RICERCA FEDERICA MILANO	95
APÉNDICE 2. ELÁSTICA MÓNICA ÁLVAREZ	105
APÉNDICE 3. VIAJE DEL PINO A LAS MANOS DE UNA ARTISTA MARÍA JOSÉ PIQUERAS	111
«AHORA TE TOCA A TI»	115
«ÉRASE TU VEZ»	121

PRÓLOGO

Cada vez que nos adentramos en un curso de «Érase tu vez» estamos esperando la sorpresa, que no sabemos por dónde se mostrará. Las once personas que se adentraron en el proceso han ido descubriendo la belleza del instante percibido en los escritos y ejercicios que realizaron durante el curso. No son buscadoras, son descubridoras, y todas ellas han recogido —del lugar donde conviven los cuentos con las visiones, los arquetipos o las imágenes más arcanas— un legado que ahora nos muestran en forma de cuento, para que también descubramos detrás de los filamentos que los ordenan, otros mundos. Resonarán en nosotros como si fueran campanas del mejor bronce y prestaremos nuestros oídos internos para viajar hasta donde la imaginación nos quiera llevar, sin miedo, sin prisa, con la cadencia de quien cuenta con sigilo y desvela un misterio insondable.

Los días 27, 28 y 29 de octubre de 2023 se reunieron en Murcia, en La Casa de la Piedra: Federica Milano, Jon Mitó, Beatriz Maciá, Delia García, María José Piqueras, Elena Frutos, Mónica Álvarez, Ana Gesteiro, Maribel García, Ricardo Moreno y Tina Zaplana para sumergirse en un proceso creativo que les llevaría más allá de lo previsible entre risas y juego, escribiendo y dibujando, suspirando y sorprendiéndose de la infinita variedad de formas que tiene la belleza para manifestarse.

Los cuentos que aquí se presentan dan cuenta de ello, disfrútalos como si de un atlas de viajes fantásticos fuera y déjate llevar por el embrujo que se esconde tras cada palabra.

En el apéndice 1 encontrarás el cuento «La Búsqueda» de Federica Milano en su versión original en italiano, como fue escrito en el curso: «La Ricerca».

En los apéndices 2 y 3 hemos incluido dos cuentos: uno de Mónica Álvarez y otro de María José Piqueras, escritos durante el taller y que tienen un interés especial en el conjunto del libro.

LA BÚSQUEDA

FEDERICA MILANO

Versión original en italiano en el Anexo 1

Hubo un tiempo en que las brumas del alba ocultaban resoplidos de dragones durmientes en las faldas de las montañas, y todos sabían que las historias de los ríos guardaban una sabiduría que solo puede aprenderse en el ser infinito, sin permanecer jamás. Un tiempo en el que los árboles debatían en voz alta en gran consejo, y era el viento el que escuchaba. Un tiempo en el que la tierra corría bajo los pies de los caminantes para que llegaran a casa o a una cama tibia antes del anochecer. Un tiempo en el que, frente al fuego, se contaba a los niños que Verdad era el nombre de un búfalo errante que solo podía encontrarse en el fin del mundo; y Coraje una nube blanca que a veces ocultaba la luna como una manta.

En aquella época, a orillas de un lago, vivía una mujer conocida por su voz de encantamiento. Se decía que, con solo pronunciar un puñado de palabras, podía despertar a la tierra de su sueño profundo y abrir las puertas a la primavera. Nadie sabía cuántos años llevaba haciendo de aquel lago su hogar, pero era imposible negar que ya no vivía nadie entre los que la habían visto cantar al sol una mañana por primera vez. Pero ahora es mejor que guarde silencio, pues aún no ha llegado el momento de encontrarla.

Sin embargo, es en aquel tiempo y no lejos de aquel lago en el que se desarrolla nuestra historia. Si no tenéis recuerdos de esta

antigua época y todo os parece tan absurdo, no os angustiéis. No estáis solos. Incluso en aquella época había quien iba ciego por el mundo.

En aquella época y no lejos del lago, se erguía al pie de las cumbres una ciudad-fortaleza. Altas agujas y torres interrumpían el cielo, y las voces de los cuervos se ocultaban por los gritos del mercado y el ruido de carruajes y carretas que se entrecruzaban en las estrechas calles. Había gente y nieve por todas partes.

De pie, con los pulgares metidos bajo el cinturón y contemplando el hormiguero de aquella ciudad desde la torre más alta: Core. En su rostro la fuerza salvaje y la belleza afilada de alguien destinado al mando, y la desesperación de tener aún solo veinte años.

Permitidme ahora contaros lo que sucedió, pues es con ella con quien comienza nuestra historia.

Desde lo alto de la torre más alta de nuestra ciudad-fortaleza, Core se entretuvo antes de darse la vuelta y descender las escaleras. Llegar tarde al encuentro con su destino le parecía demasiado, incluso para ella. Cuando entró en el gran salón, no pareció darse cuenta del solemne silencio y caminó con confianza hacia la única silla al centro. Todas las miradas la siguieron y la abandonaron, solo una vez sentada, para dirigirse al unísono unos metros más allá. Allí se encontraba una vieja. La sencillez sin adornos no dejaba ver quien era, pero su presencia hacía que las miradas fueran hacia el suelo. No la de Core, que la estudió durante un largo rato. Examinó con calma la sonrisa tensa que apenas curvaba sus labios.

—Madre —pensó—, es tiempo.

Tras unos instantes, la sacerdotisa habló:

—Ya han pasado tres años desde la última búsqueda, y los gritos se han extinguido en las montañas. Tampoco esta vez han regresado los que se fueron. Todavía nuestra tierra duerme en este invierno interminable, y otra generación no ha conocido otro calor

que el del fuego. Aunque la vida continúa, en este frío no hay paz. Porque no regresa la que nos fue arrebatada, sino que languidece cautiva en las garras del monstruo.

Tras respirar hondo, continuó:

—Como bien sabéis, nadie ha vivido para contar lo que se esconde en las entrañas de estas montañas. Del gran mal solo conocemos el chirriar de las garras contra la piedra, que ha resonado con cada intento que hemos hecho —y nuestros padres y madres antes que nosotros, y sus madres y padres antes que ellos— de arrancar de sus fauces a la que fue tan amada, que aún hoy el cielo no hace más que llorar su partida e incluso en verano cubre de nieve nuestros campos.

Al oír la palabra chirriar, toda la sala contuvo la respiración. Core también sintió que el pecho se le apretaba como una prensa mientras los ecos lejanos del metal contra la piedra, de los gritos desesperados y la cacofonía de la lucha llenaban sus oídos. Una pesadilla, cada tres años, llevada por el viento hasta la ciudad. El fin de la búsqueda. Otro guardián devorado por el mal. Otra familia en duelo.

Core se dio cuenta de que había perdido el hilo de lo que su madre iba diciendo

—... y hoy la ciudad entrega sus esperanzas y su futuro en manos de otra guardiana. Core, que comience tu búsqueda y puedas regresar con aquella que nos fue arrebatada.

El golpeteo de las botas de los presentes puso fin a la ceremonia e hizo temblar el suelo. Había llegado el momento. La habían preparado para ello durante toda su vida. Había aprendido a hacer malabarismos con la espada incluso antes de aprender a correr; antes de estar firme sobre sus pies ya conocía el peso de una daga. Había llegado el momento de cumplir con su deber.

Los preparativos fueron rápidos y se realizaron en absoluto silencio. Tres de ellos la ayudaron a vestir una imponente armadura

de mil placas y mil ataduras, tan pesada que eran necesarios años de entrenamiento para que cualquier guardián pudiera llevarla.

Intercambió una última mirada solemne con su madre, que no se había separado de ella desde que la ceremonia de la Partida había terminado y, antes de que pudiera decir que estaba lista, descubrió que el silencio la envolvía y las puertas de la fortaleza se cerraban a sus espaldas. Core se encontró sola en la noche, inmóvil. El caballo que montaba era formidable y exhalaba nubes de aliento blanco. Con un chasquido de lengua y dedos temblorosos, le invitó a adentrarse en la oscuridad.

Así empezó la búsqueda de Core.

Cabalgó durante seis días ascendiendo por los valles. Durmió la mayor parte del tiempo en la silla de montar y solo se detuvo para dejar descansar al caballo durante unas horas. Horas en las que hizo guardia, afilando su espada y sus pensamientos. Sabía bien que la renuncia a toda demora era el arma más mortífera.

A medida que pasaban los días, los caminos que atravesaba se hacían más y más angostos, y pronto se vio obligada a soltar su montura si no quería que su búsqueda terminara rompiéndose el cuello cayendo del caballo.

No sabía adónde iba ni qué buscaba. Lo único que le habían dicho era que siguiera hacia el sur y que no se molestara en perseguir al monstruo. Él la encontraría. Así había sido siempre. A la ciudad nunca le había faltado el macabro ritual del fragor de la batalla y el aterrador silencio de la muerte. La marcha fúnebre de la montaña por cada guardián que se había atrevido a adentrarse en aquellas cumbres.

Así pasaron otros cuatro días.

Core estaba agotada. Siguió su viaje a pie, dejando el caballo libre para que regresara a la ciudad. Cada músculo bajo el peso de la armadura gritaba por el esfuerzo y su cuerpo estaba cubierto por una capa de sudor. Llamaba al monstruo a viva voz, pero no había

ni rastro de él. Aunque apenas se vislumbraba un tímido rayo de sol y el viento retorció el aguanieve en remolinos, se sentía como si avanzase por el infierno. Jadeaba y luchaba por cada aliento mientras se adentraba entre los picos. No tenía forma de quitarse sola ninguna pieza de la gran armadura; al fin y al cabo, había sido diseñada para resistir las garras de un gran mal. Pero ahora, a despecho de todos aquellos años de entrenamiento, el peso del metal hacía que cada paso fuera insostenible, y las correas le penetraban en la carne. Core maldijo las mil placas una a una, con los dientes apretados, mientras la sangre se mezclaba con el sudor.

Así pasaron otros tres días.

Si el monstruo la hubiera sorprendido en ese momento, no habría habido batalla, pensó. Solo tenía fuerzas para mantenerse de pie, y la vista se le nublaba por el cansancio. Se arrastraba a duras penas y con tanto afán, que a menudo se apoyaba en la pared rocosa para sostenerse. El chirrido del metal contra la piedra le hería los oídos a cada paso.

—Al menos el monstruo me encontrará pronto —se dijo— y pondrá fin a todo esto.

Ni siquiera era capaz de pedir perdón a la ciudad que abandonaba en sus nieves eternas, y a su madre, que habría de vivir el más frío de los inviernos, si no regresaba. Sus pensamientos se perdían entre los torbellinos de nieve y los chasquidos de las correas que se clavaban cada vez más en su carne.

El decimotercer día, el hambre y la sed la atormentaban. Más que avanzar, caía. Tropezaba y lanzaba su cuerpo y su pesada armadura hacia adelante, para ganar unos metros con desesperación. En el estrecho sendero cada golpe resonaba como si cayesen cien. Cien que rascaban el metal sobre la roca y volvían a levantarse. Ecos de ecos de ecos reverberaban entre las cumbres, y aún no callaban cuando una nueva caída y el fragor del metal llenaban el aire nuevamente. Una cacofonía incesante que aniquilaba cada pensa-

miento de Core. Y entretejido entre los ecos, como un fino hilo, oía cómo las montañas le devolvían sus gritos de desesperación y de dolor que la armadura y sus correas le arrancaban con cada movimiento.

—Moriré aquí. Moriré sola —pensó.

En ese instante, volvió a perder el apoyo de un pie y estuvo a punto de caer al precipicio que tenía a su derecha. Aterrorizada y agotada, sintió que su cuerpo la abandonaba y se dejó caer sobre la nieve.

Por primera vez en días, el ensordecedor clamor desapareció. La montaña enmudeció. Core pensó que los susurros que oía no eran sino los pasos ligeros de la muerte, que por fin venía a por ella. Esperó, jadeando, pero su corazón siguió latiendo en su pecho. Descubrió entonces que era el viento, que se colaba entre las placas de su armadura y parecía hablarle en un idioma que desconocía. Ahora podía oírlo, la furiosa batalla de ecos había terminado. Cuando un sople de frío y nieve acarició su rostro, entrecerró los ojos y por primera vez en días miró a su alrededor, levantando la vista del sendero.

Estaba tumbada en medio del estrecho pasadizo, entre una pared rocosa y un precipicio. Su cabeza y su yelmo descansaban en el borde del abismo. Abajo, cientos de metros más allá, distinguió el brillo del metal. Decenas de armaduras, destrozadas y ahora vacías, yacían inmóviles. Estaban por todas partes. Sobre las piedras desnudas, más abajo, y a lo largo del camino.

Pero no había trazas del gran mal. Ninguna garra monstruosa había arañado la piedra, y mucho menos el metal. Parecía que nunca se hubiese derramado sangre. No había señales de lucha ni indicios de las muchas batallas que las gentes de la ciudad habían escuchado temblando en sus camas. Solo armaduras vacías y los huesos, ahora polvo, de aquellos que no habían podido escapar de sus garras.

Un sollozo ahogado la arrancó del dolor de aquella visión. La comprensión le arrebató el poco aliento que le quedaba, como

una navaja entre las costillas. Ya no tenía fuerzas para moverse y se quedó inmóvil hasta que sintió que se rendía al sueño.

Así pasó otro día de la búsqueda de Core.

Al amanecer Core seguía viva. En su mente se sucedían pensamientos confusos, fantasmas de niebla. Pero sus dedos, aunque temblorosos, aún recordaban el peso de la daga mucho mejor que ninguna otra cosa. Observó con curiosidad indiferente cómo se sentaba con dificultad y extraía el puñal. Lentamente lo deslizó entre las placas de metal, buscando las correas ahora hundidas en la carne. Cortó cuero y piel, sin distinción. La afilada punta rozó varias veces con sus huesos, pero ella permanecía indiferente. Con infinita paciencia, una a una, se fue deshaciendo de todas las ataduras. El aire gélido acariciaba la nueva piel con cada placa que caía al suelo, arrancándole salvajes gritos de alegría. Por fin, agotada, se puso de pie. Estaba desnuda y su coraza, el gran mal, yacía a sus pies, como piel de serpiente abandonada al sol.

Se descubrió entonces descalza y dolido, perdida entre las cumbres, la nieve y el viento. Sin saber adónde ir, se limitó a continuar el camino. Disfrutaba de su cuerpo ligero, que parecía bailar con el viento, y del frío que aliviaba el dolor. Nunca supo cuánto tiempo caminó. Lo suficiente para que las estrellas se persiguieran por el cielo varias veces. Para entonces ya había perdido la noción de la razón misma de su andar. El sendero se ensanchó en una larga curva y se abrió al borde de un lago.

Una mujer la observaba desde la orilla. Al verla, no sonrió, no se inmutó, ni le dirigió la palabra. Su mirada, como manos suaves, recorrió su cuerpo maltrecho que había escapado a la maldición del metal.

Core se oyó susurrar, con los labios rotos y la lengua hinchada:

—Soy la guardiana y vengo a traerte a casa, a ti que fuiste tan amada, para que tu regreso reconforte los cielos y reabra las puertas de la primavera.

—¿Quién eres guardiana?

La voz de la mujer era dulce como un beso, una caricia de agua tibia.

—Aquella que viene a salvarte y llevarte a casa —se escuchó responder Core.

Pero las palabras parecían extrañas, como si al haberlas oído demasiado y de tanto repetirlas se hubieran consumido, carbones, ahora cenizas.

—¿De qué me salvas? ¿Y a qué casa quieres que vuelva?

Su voz tejía suaves mantas de tranquila paciencia. Core no supo qué responder, y preguntó:

—¿Por qué nos has abandonado a un invierno eterno? ¿Por qué? Y esperó largo rato, insegura sobre sus pies.

—Para salvaros de vuestra propia memoria —dijo por fin la mujer.

—Hubo un tiempo en que caminaba entre tu gente y compartíamos el pan en la misma mesa. Un tiempo en el que ninguna torre se atrevía a estorbar el vuelo de los pájaros y ningún muro obstruía el camino.

»Y luego llegó un momento en que olvidasteis que solo estabais de paso, y a los que cruzaban estas tierras, que osabais llamar vuestras, les hicisteis pagar el peaje con la vida. El mismo miedo y furia albergabais en vuestros pechos contra vuestros vecinos.

»Y vi cómo la tierra se teñía de rojo y los muros se levantaban. Pero tanto os quise que os regalé un invierno eterno, para que el frío calmara el hervor de vuestro espíritu y suaves nieves lo cubrieran todo, para que olvidarais lo que habíais hecho y que vuestros hijos jugaran entre las lápidas de un cementerio. Este fue mi último regalo antes de irme. Aún albergaba en mí la esperanza de volver algún día.

»Pero las estaciones pasaron, las generaciones se sucedieron como olas del mar y, sin embargo, habiéndolo olvidado ya todo, cada tres años seguisteis transformando a vuestros hijos e hijas en mons-

truos envueltos en metal, y los enviasteis a morir, suicidas de aquellos mismos miedos que os hicieron afilar vuestras espadas sobre pieles que no os pertenecían; en aquel tiempo que aún recuerdo.

Core guardó silencio. Cuando la voz de la mujer se apagó, le pareció que la luz del día se volvía más tenue. El horror la invadió en oleadas. Mareas de náuseas y confusión.

La mujer concluyó:

—Hubo un tiempo en que tu gente se sentaba a escuchar las historias del bosque y pedía consejo a las hormigas antes de un largo viaje. Hoy habéis olvidado todo y el invierno es la única paz de que sois capaces. Para mí no hay regreso, ¿hay para ti? Solo tienes que pedírmelo y te ayudaré a vestir de nuevo tu armadura.

Se quedaron unos minutos en silencio. Core había sabido la respuesta en el momento exacto en que la pregunta había salido de los labios de la otra. Lo había sabido y había callado. Finalmente, respirando hondo, se puso de nuevo en marcha, sin mirar atrás.

Así terminó la búsqueda de Core.

Algunos dicen que aún hoy Core camina por estrechos senderos de montaña, en un tiempo en que ya no se recuerdan los dragones, y los inviernos eternos son más comunes que las piedras en el empedrado. Se dice que en sus pasos aún puede oírse el eco del metal cayendo sobre la dura roca, y que quien lo escuche empezará a graznar y a vagar desnudo sobre la nieve. Aquellos que viven en las montañas todavía se tapan los oídos y rezan al oír cualquier traqueteo de metal entre las altas cumbres, aterrorizados de perder el juicio. De la libertad han olvidado la llamada. De todas formas, aún hoy, son muchos los que van ciegos por el mundo y muy pocos los que dolidos se desnudan para encontrar la primavera.

A todas las personas que muestran su verdadera esencia.

ENTRE FLORES Y RAMAS

JON MITÓ

El era un gusano que vivía en el orificio de la piedra de una fuente y le encantaba escuchar el sonido del agua y ver cómo los rayos de sol se colaban entre las gotas, cómo se esparcían en la poza.

Cada día subía y bajaba de la fuente hasta la hierba para comer hojas frescas y cada día se encontraba allí con el resto de gusanos.

—¿No te aburres de vivir solo allí en la fuente? —decía uno.

—¡Ya son ganas de estar subiendo y bajando todo los días! —le soltaba otro.

—Se cree especial, pero vamos, que aquí está comiendo como hacemos todos.

Él no decía nada, se apartaba a un lado y comía en silencio, pero las voces de los demás se clavaban en su cabeza.

Cada tarde ascendía por la piedra de la fuente sintiéndose aún más pesado, pero no por lo que había comido, sino por cargar con todos esos comentarios a sus espaldas. Llegó incluso a sentirse un arrastrado.

—¿Cómo puede ser? Eso es lo que hacemos los gusanos: ¡nos arrastramos! —se decía, pero incluso eso le empezó a parecer de-testable.

Cada noche dormía en el agujero de la piedra de la fuente escuchando el sonido del agua y cada mañana veía salir el sol entre las

montañas y, aunque era precioso, eso solo le recordaba que un día más tenía que bajar y encontrarse con los otros gusanos.

—Ojalá no tuviera que comer, ojalá no tuviera que bajar nunca más hasta la hierba.

Un día en su camino de vuelta, mientras ascendía, comenzó a llover, cada vez más fuerte y, aunque se agarraba a la piedra con todas sus fuerzas, una gota certera hizo que se desprendiera y cayera en la poza. Consiguió agarrarse a una hoja que flotaba en el agua para no ahogarse y, como la fuente se desbordaba, la hoja siguió el curso del torrente y se alejó cada vez más de su adorada fuente.

Llegaron hasta un prado, la hoja se detuvo, el agua se diluyó, la lluvia fue amainando y dejando paso a un arcoíris inmenso y precioso. No sabía dónde estaba, qué lugar era aquel, cómo de lejos estaba de su casa y lo más importante, cómo iba a volver.

Atisbó unos árboles a lo lejos y pensó que sería un buen lugar para pasar la noche. En su camino hacia ellos vio cómo se posaba sobre una flor un ser volador que nunca antes había visto. Tenía un cuerpo alargado y cilíndrico, dos antenas en la cabeza y una alas en las espaldas que se abrían y cerraban dejando ver composiciones de colores perfectamente simétricas.

—¿Andas perdido? —le preguntó.

—¿Quién eres tú con esas alas? —dijo él totalmente atónito.

—Soy una mariposa, ¿nunca has visto una?

Él no respondió por miedo a parecer un ignorante.

—¿En serio?, no me puedo creer, ¿dónde has estado metido, en una cueva?

Él la miró con cara de circunstancia y finalmente le dijo:

—De donde yo vengo los animales que vuelan son enemigos, tenemos que escondernos para que no nos coman.

—Sí, esos son los pájaros, tranquilo, no te pasará cuando seas mariposa.

—¿Qué?... no... creo que te equivocas... yo no soy una ma-

riposa, ¿no ves que soy un gusano?, no somos lo mismo, tú vuelas por el aire y yo me arrastro por el suelo.

—Pero es que nadie te ha dicho...

La mariposa no acabó su frase y el gusano continuó cabizbajo hacia los árboles.

—Déjame que te ayude —dijo la mariposa.

—¿Por qué ibas a ayudarme? Seguro que quieres reírte de mí, como hacen todos los demás —dijo él.

—No, en serio, déjame... me caes bien... no sé... eres... tan simple.

—¡Oye!

—Sencillo, quería decir. Además estás solo y yo te puedo presentar a mis amigas.

—¿Qué amigas?

—Mariposas como yo.

—¿Y qué pinto yo rodeado de mariposas?

—Aprender —dijo ella.

—¿Qué?

—¡Nada!, no he dicho nada... vente conmigo, no seas tozudo.

El gusano siguió a la mariposa hasta un pequeño campo de amapolas y allí se encontró con cientos de mariposas bellísimas, de mil colores, increíbles formas y diferentes tamaños.

—¡Chicas, chicas! Escuchadme, os presento a... oye ¿cuál es tu nombre?, no te lo he preguntado —dijo la mariposa.

—Bruno, me llamo Bruno —respondió el gusano.

—¡Hola Bruno! —dijeron todas las mariposas a coro, como si se tratase de una melodía bien ensayada.

—Vaya ojazos —dijo una.

—¿Y ese cuerpecito? —dijo otra.

—Se nota que te arrastras mucho —apuntó una tercera.

—Bueno, vivo en una fuente, subo y bajo todos los días para comer —explicó Bruno.

—¡Vaya! —dijeron todas a coro una vez más.

—Y vosotras, ¿cómo os llamáis? —preguntó Bruno.

—Yo soy Priscilla —dijo la primera, cuyas alas eran de impresionantes colores violeta y fucsia.

—¡Naomi! —se presentó otra que vestía en tonos marrones, amarillos y negros.

La que tenía las alas en tonos azules gritó desde lo lejos:

—Yo soy Dominique.

—¡Sindy!

—¡Lesli!

—¡Petra!

—¡Yo me llamo Lola! —dijo una con alas en colores rojizos y anaranjados.

Y así un sinfín de nombres volaron por el cielo.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó Bruno a su descubridora, cuyas alas eran en color verde flúor y amarillo tropical.

—Yo me llamo Lula... bueno chicas, organicemos todo para... ¡la fiesta de bienvenida!

—¿Para qué? —dijo Bruno.

En ese momento todas las mariposas empezaron a revolotear alrededor de Bruno, cada vez más rápido, creando un movimiento circular y en espiral, que lo envolvía en un sonido ensordecedor. Cientos de mariposas volando tan cerca de él que aquello era bello y abrumador, bello y asfixiante, bello y...

Se despertó en la oscuridad, no se podía mover, estaba como aprisionado.

—¿Dónde estoy, qué clase de broma es esta? —pensó Bruno.

Su cabeza topaba con el techo y el final de su cuerpo tocaba el suelo. Intuyó que había luz más allá de aquello que lo envolvía y empujó con la cabeza, notó que se resquebrajaba, siguió empujando y la luz del sol se abrió paso, contorsionó su cuerpo para seguir escapando de allí hasta que estuvo totalmente fuera y entonces algo

mágico ocurrió: dos grandes y hermosas alas se desplegaron en su espalda con colores azul cian, verde esmeralda y rosa escarlata.

¡Se había convertido en una mariposa!

¿Cómo era posible?, nunca nadie le había hablado de esa posibilidad, de hecho, hasta conocer a Lula, nunca antes había visto una.

¿Dónde estaban las demás?, ¿por qué lo habían dejado solo?, quería enseñarles el color de sus alas.

Allí no había nadie. Decidió entonces volar, y se sorprendió al ver que sabía hacerlo sin que nadie le hubiese enseñado. Y volando volando llegó sin querer hasta su preciosa fuente, se dio cuenta de que ya no cabía en su pequeño orificio, sus alas eran muy grandes y aquel ya no podía ser su hogar.

Desde lo alto vio a los gusanos que se metían con él, comenzando en la hierba, y decidió volar hasta ellos para enseñarles su transformación, pero no lo reconocieron.

—¿Qué haces por aquí mariposa? —dijo uno de ellos.

—Chicos, soy yo, soy... ¡Lluvia!

¿Qué?, no, él no quería decía Lluvia, quería decir Bruno, ese nombre había salido de su boca sin más.

—Soy Lluvia... oye... no lo veis... soy Lluvia, ¡que soy yo, Lluvia!

—Nos ha quedado claro mariposa... estamos comiendo... ¿te puedes marchar? —dijo uno de ellos.

Cayó en la cuenta de que aquello que le había arrancado de su antigua realidad era lo que ahora le daba su nombre.

Voló de vuelta a la fuente y en el caño se encontró a Lula.

—Lula, ¿dónde estabais? Esta mañana necesitaba veros —dijo Lluvia.

—No nos necesitas Lluvia —dijo Lula— nunca has necesitado a nadie, que haya cambiado tu forma no significa que haya cambiado tu esencia.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Pues ahora, Lluvia, vas a volar y a mostrarle al mundo la belleza de tus colores.

Y las dos mariposas se adentraron en el bosque, revoloteando entre flores y ramas.

*A mi padre,
como regalo por su 80 cumpleaños.*

NO SE PUEDE TENER UN ERIZO

BEATRIZ MACÍÁ

Los erizos son de esos animales que una vez fueron comunes pero que ahora apenas se ven, como las mariposas o los caracoles. Estos últimos siguen existiendo, pero hubo un tiempo en el que cada vez que llovía convertían la carretera en un crujido continuo. Hace 30 o 35 años era común encontrar un erizo aplastado en la cuneta. Hoy en día quien ve un erizo es como si viese uno de esos seres submarinos que viven ocultos en las profundidades.

A él siempre le habían dicho desde niño que parecía un erizo, con ese pelo de punta que tenía. Se lo habían dicho tantas veces que la imagen del animal había perdido todo el valor. Como cuando se usa muchas veces la palabra libertad, que al final ya nadie sabe lo que significa. Por eso, cuando se encontró con aquel erizo, en vez de verlo como el animal que era, pensó que era una parte de él mismo. O más bien el reflejo en un espejo. «Esto es a lo que yo me parezco», pensó.

Era una tarde de final de verano, y cuando el calor empezó a bajar decidió salir a dar un paseo. Había ido a cuidar a sus abuelos, pero la pareja de ancianos estaba ensimismada viendo la televisión y aún tenía un poco de tiempo hasta que tuviera que prepararles la cena.

Caminaba despacio, prestando atención a su entorno. De no haber sido así nunca lo hubiera visto. Al principio lo confundió con un pequeño arbusto seco, pero pronto descubrió que aquello no era una planta. También se movía despacio, como él, prestando atención a su entorno inmediato, sin apreciar a aquel ser gigantesco que lo observaba. Él vivió aquel momento como quien descubre un continente, o como el científico que desmonta la teoría de la relatividad porque ha descubierto los verdaderos secretos del universo.

En voz alta, para dar valor de realidad a lo que estaba viviendo, dijo:

—Es un erizo...

Se daba cuenta de que desde siempre había sabido de la existencia de ese animal, porque siempre le habían dicho que él era como uno de ellos, pero nunca se había planteado que de verdad podían existir.

Se agachó despacio y siguió observando los delicados y graciosos movimientos del animal. Le pareció fascinante ver cómo se movía con esas patitas tan cortas ese cuerpo tan redondo. Le resultó muy cómico, y se le escapó una risilla. En ese momento el erizo se detuvo y le miró. Se miraron y el tiempo se paró. Y no es una forma de hablar, no. El tiempo, literalmente, se paró. Es lo que pasa cuando dos almas gemelas se encuentran, y hasta que no resuelven qué hacer con ese encuentro el tiempo no puede volver a retomar su marcha.

Así que no había prisa, podían estar así mucho rato.

Y en ese encuentro él se fue dando cuenta de que, en realidad, lo que menos tenían en común era el pelo. Entre otras cosas porque lo de los erizos no son pelos, son púas. Pero sí tenían los dos unos ojos negros y profundos, una nariz afilada, una boca pequeña con tendencia a estar cerrada, y una soledad honda, como la que tiene quien no termina de encontrar su sitio en el mundo.

Se miraron, reconociéndose en el otro. Él se rascó el pelo, como siempre hacía cuando no sabía qué hacer, y el erizo movió sus púas. Alargó entonces su mano para tocar al animal, pero el erizo reaccionó haciéndose una bola, escondiendo su rostro.

Él se sintió mal. «Claro —pensó— no le he pedido permiso». Y se dio cuenta de que los humanos vamos así por la vida, poniendo nuestro interés y curiosidad por delante, sin plantearnos si el objeto de nuestro escrutinio quiere o no ser escrutado.

—Perdona —le dijo al erizo—, es la primera vez que veo a uno como tú. Si me das otra oportunidad empezaré por el principio.

El erizo no se movió. Pero como el tiempo había parado no importaba, él podía esperar. Y así hizo, observando las bellas púas de aquella bola, aguantando el deseo de querer acariciarlas, de posar un dedo sobre una de ellas para comprobar si realmente pinchaban. Hasta que, poco a poco, el erizo empezó a moverse y su minúsculo rostro se hizo visible de nuevo. Volvieron a mirarse, pero esta vez los ojos negros del erizo revelaban un punto de inquietud. Acaso era la propia inquietud que también ahora él sentía. Al fin y al cabo, el uno era el reflejo del otro.

—Hola —dijo él.

—Hola —respondió el erizo con una voz pequeñita.

—¿Hablas? —preguntó sorprendido.

—Eso parece, nunca antes lo había intentado. ¿Y tú? También hablas, ¿no?

—Sí, es lo que hacemos las personas. ¿Qué hacéis los erizos?

—Creo que no te puedo contestar.

—¿Por qué? ¿Es un secreto?

—No, porque no conozco a otros erizos.

—Ah, ya veo. Bueno, pues, ¿qué haces tú?

—Huyo.

—¿De qué?

—No sé muy bien. Mi padre, mi madre y los hermanos que pude tener murieron. Yo no quiero vivir el mismo destino.

—Lo siento.

—Gracias.

Ambos se quedaron en silencio. Ninguno sabía qué hacer a continuación. Paralizados como estatuas seguían mirándose.

Un impulso como una corriente le recorrió la espalda de repente. Ya sabía lo que haría: cogería al erizo, lo sacaría de allí, era solo cuestión de tiempo que algún vehículo lo aplastase. Posiblemente fuera así como habría muerto su familia. Él cuidaría del erizo para que nada malo le ocurriese. Lo alimentaría. ¿Qué comen los erizos? No tenía ni idea, pero lo averiguaría. Hoy podemos saber cualquier cosa en cuestión de segundos. Lo llevaría con él, le construiría el hábitat perfecto. ¿Cómo les gusta vivir a los erizos? Tampoco lo sabía, pero no podía ser mucho más complicado que cualquier otro animal. Era un mamífero. ¿O no? Sí, sí, era un mamífero, eso sí lo sabía. Sería genial, tener un erizo. Bueno, no tenerlo, digamos más bien que serían compañeros. No, compañeros, no, porque en realidad eran uno solo, ambos habían sentido esa conexión.

Él estaba entusiasmado, qué gran propósito, mantener con vida a aquel erizo. Estaba seguro de que ninguno de sus amigos había visto uno jamás. Se sentía único, especial, poderoso. «Mi erizo», pensaba. «¡Mi erizo!», gritaba en sus pensamientos.

—¡Mi erizo! —exclamó en voz alta.

Y justo cuando la voz salió de su cuerpo se sintió caer, como en estos sueños que se tienen al principio de la noche en los que te despiertas cayendo de una azotea o de un precipicio. Y se dio cuenta de que ya casi era de noche y que delante de él no había nada. El erizo se había marchado, con sus cortas patitas.

Se acordó de sus abuelos y corrió de vuelta hacia la casa. La pareja de ancianos estaba en la cocina, tomando un vaso de leche

y terminando una tostada de pan con aceite. Él se sintió turbado y culpable. Mientras se pasaba las manos por el pelo, poniéndoselo cada vez más de punta, hablaba atropelladamente.

—Lo siento, he perdido la noción del tiempo, debería haber vuelto hace rato, no sé en qué estaba pensando. Os puedo preparar algo más de cenar.

Su abuela le cogió las manos y miró sus pelos de punta. Extendió su arrugada mano para acariciarle el pelo y él, como un acto reflejo, se apartó. La abuela le miró con cierto extrañamiento, pero no insistió. Su abuelo, con la tostada en la mano, le miró y le dijo:

—Con esos pelos pareces un erizo —él miró a su abuelo mientras se le empañaban los ojos de lágrimas, aunque no sabría decir si de alegría o de tristeza—. ¿Sabes que yo tuve un erizo una vez?

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pasó con él?

—Ya estamos con la historia del erizo... —dijo la abuela, dándole la espalda, como reclamando para sí el protagonismo.

—Yo no conozco esa historia. Cuéntala, abuelo, por favor.

—Pues que una vez me crucé con un erizo y me lo llevé a casa para enseñárselo a mi hermana pequeña...

—Más bien para ponérselo en la silla y que se pinchara el culo... —interrumpió la abuela.

—No hagas caso a tu abuela. El caso es que cuando estaba llegando a casa pensé que si mi madre lo veía le iba a dar un escobazo, así que le hice un refugio en unos matorrales. Y todos los días iba a verle...

—Y a hablar con él —volvió a interrumpir la abuela.

—Hala, tú ganas, ya se acabó la historia —se enfadó el abuelo.

—¿Hablabas con él? —preguntó el nieto con interés.

—No hagas caso a tu abuela, que solo me quiere hacer la puñeta.

—¿Hablabas con él? —insistía.

—Sí que hablaba, que me lo contó. Ya de pequeño empezaba a estar chocho, conque figúrate lo que tengo que aguantar...

La abuela salió triunfante de la cocina. Él miró a su abuelo, que estaba enfurruñado masticando el último bocado de tostada. Lo miraba como si lo hubiera visto por primera vez, aunque su abuelo no se daba cuenta. Se acercó y se sentó a su lado. Entonces su abuelo lo miró y ambos vieron la imagen del otro como un reflejo, como si fueran un espejo. Lo que menos tenían en común era el pelo, pero el resto... Ojos profundos y oscuros, nariz afilada, boca pequeña y casi siempre cerrada, y una soledad honda, como la que tiene quien no termina de encontrar su sitio en el mundo. Se pidieron permiso con la mirada y a la vez se tocaron el uno al otro el pelo. Blanco y escaso el del abuelo, espeso y puntiagudo el de él, acariciándolo suave con la palma de la mano, tocando con el índice la punta de un cabello.

A la persona en la que me quiero convertir.

ALAS DE MARIPOSA

DELIA GARCÍA RODRÍGUEZ

 uando alguien le preguntaba a Úrsula «¿qué tal?», ella siempre respondía «normal». Esto descolocaba a la gente, acostumbrada siempre a una respuesta automática y poco pensada que indicara que todo estaba perfecto para la persona a quien se preguntaba. Ella no hacía eso.

Desde pequeña le inculcaron de forma muy estricta el distinguir el bien del mal, lo correcto de lo incorrecto y, sobre todo, a que todo lo que hacía tenía que llevarlo a cabo de forma óptima. Por eso mismo nunca mentía, ni siquiera por piedad. De ahí que ese «normal» le pareciera siempre la respuesta correcta, pues no tenía grandes penas pero tampoco grandes alegrías. Vivía, que no era poco, siendo consecuente con las elecciones que había ido tomando según habían ido pasando los días.

Era consecuente así, con su trabajo. No podríamos decir que le gustase, al fin y al cabo era trabajo y lo hacía por obligación, pero tampoco le disgustaba en exceso. Cumplía con sus funciones y, a las 14:13, a diario, soltaba el bolígrafo y vaciaba su mente de nombres y datos que ocupaban absurdamente el espacio en su cabeza durante su jornada laboral y que no tendría sentido almacenar para el día siguiente.

Con la mente en blanco empezó su mañana aquel día de fi-

nales de mayo. Pulsó el botón que le anunciaba al siguiente cliente del ayuntamiento que su turno para discutir con la funcionaria en turno había llegado.

Sin levantar los ojos del ordenador dio los buenos días a la persona que se había parado delante de su ventanilla, y no le prestó la más mínima atención hasta que, súbitamente y a la vez, llegaron a su nariz y oídos un olor embriagador acompañado de una voz dulce respondiendo a su saludo, que hicieron que algo se revolviera en su interior.

Ella jamás creyó en las mariposas en el estómago. Más bien identificaba, dentro de su pragmatismo, aquella sensación con la ansiedad.

Pero esta vez era distinto, la punzada no se quedaba únicamente en su barriga, sino que se extendía por sus brazos y piernas hasta llegar a sus veinte dedos, y al subir hacia su cabeza se quedaba atascada en su garganta. Lo extraño de todo esto para ella era que no fue una sensación momentánea de un segundo y luego la extinción. Lo extraño fue que al mirar directamente a la cara y al cuerpo del dueño de la voz y el olor, esa sensación consiguió pasar de su garganta y llegar hasta sus labios.

Esa boca, la misma que durante toda su vida se había contenido en decir lo que el cuerpo al que pertenecía sentía simplemente por no molestar, empezó a moverse y ya no pudo parar. Al hablar, de su garganta salían palabras de amor, de esperanza, de colores... La mayoría eran palabras que jamás había asociado con una sensación real, y algunas otras las creía fruto de los cuentos más fantasiosos jamás escritos.

Su sorpresa fue inmensa cuando de la boca de aquel hombre eternamente despeinado, empezaron a brotar vocablos que jamás habían escuchado los oídos de Úrsula, de tan hermosos que eran.

Narciso no solo le decía las más bellas palabras de todas las lenguas, algunas incluso inventadas que salían directamente de su corazón, sino que además las acompañaba de tiernas caricias.

A los diez minutos de conocerse ya vivían juntos, enmarañados. A la media hora planearon su primera vuelta al mundo.

Sabían a ciencia cierta que no existía sentimiento más puro en todo el sistema solar. Narciso salvaba a Úrsula de sus pesadillas y Úrsula salvaba a Narciso de su realidad. Reían tanto que les dolía la barriga y los mofletes. Los fines de semana se convertían en años cortos entre secretos, juegos y sueños.

Se salvaron la vida el uno al otro y una vez hecho esto, unieron las dos.

Cuando la unión se completó, cuando durmiendo abrazados se convertían en siameses, y cuando no hacían falta palabras de amor porque de tantas que se habían dicho tendrían que inventarse unas nuevas, Úrsula pronunció la última frase bella que guardaba para él antes de empezar a no necesitar las palabras. Le confesó que él había sido su revelación y su catarsis. Que a su lado había descubierto que era mucho más liberador amar que ser amado, y que quería dedicar el resto de sus días a cuidarle y leerle cuentos. Que deseaba morir a su lado de viejitos los dos, y que al morir lo único que quería ver asomar a sus pensamientos era esa manita noctámbula buscando la suya entre sueños.

Narciso calló. Habían usado ya todas las palabras de amor. Se habían agotado con estas de Úrsula. Siguió callado un rato más y al fin habló. Tanto amor no era suficiente. En los brazos de ella las palabras bonitas se habían asfixiado. Tanto amor no era suficiente, ahora solo quería magia.

Antes de que él terminase de decir aquello una mariposa se coló entre ambos separando sus manos para siempre, y él la siguió alejándose de Úrsula sin mirar atrás.

En un solo momento, con su indiferencia, Narciso había convertido en una mentira lo que para Úrsula había sido el amor más verdadero de toda su vida.

Ella enloqueció y sin siquiera dar tiempo a procesar palabras

feas que ella ya había olvidado, atacó a Narciso dándole un golpe certero en su preciosa cara con una piedra del camino.

El de Narciso no sería el único cuerpo lleno de belleza que quedara en la ribera del río donde se habían dado aquel último beso tan triste y poco bonito. A su lado también yacía la pequeña mariposa que los separó.

La boca de Úrsula sonrió al ver tan bella escena pero sus ojos habían vuelto al pragmatismo de su anterior vida. Sus padres siempre habían tenido razón, nada era tan importante, había que sonreír, aguantar y seguir avanzando sin rechistar.

Cogió la pequeña mariposa muerta y la guardó entre las hojas de su cuaderno y, con un solo golpecito con su pie hizo que el cuerpo de Narciso rodara hasta el agua del río y se hundiera ante ella, desapareciendo para siempre de sus recuerdos.

Los días, semanas y meses siguientes, como una autómatas, no dejó de pulsar el botón de llamada en su pupitre del ayuntamiento hasta que el reloj volvía a marcar las 14:13.

Muchos olores embriagadores acompañados de voces dulces llegaban al sitio en el que se forman las punzadas en su estómago. Cuando eso pasaba, ella se esforzaba en no levantar la cabeza de su cuaderno, en ser lo más resolutiva posible y en intentar despedir a quien fuera que le hiciese sentir eso, sin cometer el error de mirar quién era. No quería descubrirlo. Con Narciso a ella también se le habían agotado los sentimientos de colores y no quería aprender unos nuevos.

Cada vez que Úrsula bajaba la guardia y sentía punzadas en el estómago, volvía a la ribera del río y cazaba mariposas. Tenía de todos los colores, tamaños y formas.

Había mariposas vulgares y también exóticas. Las había muy bonitas y otras no tanto. Eran tantas las veces en que había reprimido la tentación y el instinto que la colección se había hecho tan grande que tenía que guardarlas en un trastero que le había

alquilado Tirso, ese amigo de toda la vida que jamás preguntaba de más.

Tirso sabía de la repentina afición de Úrsula por coleccionar mariposas. A veces, hasta él mismo había cazado alguna con la esperanza de que al recibirla como regalo, Úrsula acabase mirándole a los ojos y descubriese en ellos los mares tormentosos y las mariposas silvestres que volaban en su pecho, al estar a su lado.

Ella, cuando recibía un regalo de Tirso seguía evitando interactuar con él, como hacía con cualquiera. Después tiraba la mariposa sin ser vista, pues si no las cazaba ella, no tenían sentido en su colección. Luego se iba a la caza de la suya propia para intentar matar esas palabras que con él cada vez se atragantaban más en su garganta.

Unas 14:13 cualquiera se dio cuenta de que cada vez eran más seguidas las mariposas que Tirso le obsequiaba, y que cada una era más exótica que la anterior.

Había especies que ni ella misma conocía ni había visto en sus incursiones a la ribera del río que ahora casi consideraba su hogar.

Intentando evadirse de sus propios pensamientos fue al punto exacto donde alguien le dio su último beso. Aquel que fue tan triste.

Tan absorta iba en sus pensamientos reprimidos, tan atenta a cualquier cosa que pudiera volar por delante de sus ojos, que cuando quiso parar ya se encontraba entre los brazos de Tirso, cayendo ambos al suelo al chocarse distraídos. Él estaba exultante.

Había conseguido hacerse con una *rara avis*, una mariposa que según los libros solo se encontraba en las Islas Afortunadas a miles de kilómetros de allí. Era la mariposa *Chenilus fridus*.

Enorme, más del doble del tamaño de las mariposas comunes, sus alas grandes en los extremos de arriba y pequeñas en los de abajo, con un azul transparente y un naranja cegador. Era tan hermosa que Tirso no se había atrevido a matarla. Se había limitado a

cogerla con suavidad y guardarla en un bote con agujeros para la respiración. Tan hermosa era que al verla, Úrsula bajó la guardia, miró a los ojos de Tirso y descubrió en ellos los colores de todas las mariposas que yacían muertas en su colección, y las palabras empezaron a volar por su garganta.

Le dijo que con una sola mirada a sus pupilas había descubierto que si sentía más liberador amar que ser amado, más aún lo sentía el amar y ser correspondido. Que su abrazo era casa sin dudas y su sonrisa paz eterna. Que su risa era música y su parpadeo la hipnosis. Que sus manos eran fuego y su pecho bondad. Él le prometió que siempre la cuidaría, pero no lo hizo con palabras sino con su mirada. Ella no solo era suficiente, sino que era el todo.

Su primer beso fue en el punto exacto del último de la otra vida de Úrsula. Fue alegre, esperanzador y lleno de magia. Las mariposas volaban a su alrededor, no necesitaban tenerlas en sus estómagos. Sus manos jamás se separaron, ni dormidos ni despiertos.

La mano de Tirso fue lo último que se asomó a la cabeza de Úrsula antes de morir.

LA BENDICIÓN DE ORISA

MARÍA JOSÉ PIQUERAS

Había una vez una niña que nació de la nieve, tal como te lo cuento, y por esa razón era muy especial.

A la niña, que se llamaba Orisa, todas las primaveras le salían unas alas con las que podía volar y ver desde arriba su casa, su ciudad, los campos... No le gustaba ir muy lejos porque le daba miedo que le entrara la pereza y no querer volver. Con el calor del verano, las alas se secaban y se le caían.

Un día volando sobre la costa mediterránea, cerca de su casa, las alas dejaron de cumplir su función y Orisa cayó al agua. Inmediatamente sus piernas se transformaron en una preciosa cola de pez con escamas brillantes de color plata.

Esto le pasaba a Orisa cuando se encontraba en una situación difícil, su ser brotaba y la ponía a salvo.

En una ocasión se perdió entre unas rocas del fondo marino. Orisa no se preocupó porque sabía que su intuición le indicaría el camino.

Sin embargo, aquel día tuvo mala suerte y sus largos cabellos quedaron enganchados en unos corales. Tranquilamente, empezó a desenredar su precioso pelo cuajado de estrellas pero, sin saber cómo, cuando finalmente separaba un mechón, el movimiento del

mar provocaba que otra parte de su melena se quedara hecha un nudo alrededor de las pequeñas protuberancias del coral.

Conforme pasaba el tiempo empezó a sentirse inquieta. Nunca le había sucedido nada semejante. ¿Cómo es posible —pensó— que me ocurra a mí algo así? No se lo podía explicar.

Generalmente encontraba salida a estas situaciones haciendo unas respiraciones profundas, pero dentro del agua no la tenía tan controlada y empezó a agobiarse ya que necesitaba volver a casa. Estaba agotada del esfuerzo.

Apenas le quedaba ánimo para continuar la tarea cuando apareció un gran caracol que le dijo:

—Mi niña preciosa, he venido lo más aprisa que he podido, ya sabes que mucho no puedo correr. ¡Rápido! ¡Convierte tus cabellos en algas y ellas solas se desenredarán!

—¡Claro! —pensó Orisa— ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Permitió que su cabello cambiara. Las estrellas se deshicieron, abandonaron su color de plata y tomaron un verde profundo. Los cabellos se unían formando largas lenguas imposibles de engancharse al coral.

Así, suavemente, nadó a la superficie dejándose llevar por el movimiento del agua. Sonreía a los peces con los que se cruzaba, a los grandes les pasaba la mano por su lomo y con ello recuperaba la energía.

Llegó a una playa y se quedó dormida sobre la arena caliente y despertó con el sonido de una música. Era la charanga de un circo que venía hacia donde ella estaba.

Se quedó maravillada viendo los artefactos y los integrantes del circo. ¡Eran tan distintos a lo que había conocido!

Le entraron unas ganas enormes de ir con ellos así que pidió a Huevo Sabio, que era el jefe del circo, que le permitiera unirse.

Huevo Sabio le contestó después de consultar a Yema Clara,

que era la que de verdad mandaba, que estarían encantados de contar con ella.

Contenta y feliz entrenaba cada mañana con el resto de artistas y Orisa fue perfeccionando un número acrobático en el que su melena, formada por algas, se convertía cada día en distintos tipos de flores adornando su actuación, que consistía en evoluciones y equilibrios encima de Huevo Sabio.

Estaba muy a gusto viviendo en el circo. Preparar la actuación era emocionante, hacerla y sentir al público, un subidón y cuando no tenían funciones, preparaban los nuevos espectáculos, ponían sus cuerpos a punto y descansaban alrededor de la hoguera, donde cada cual contaba su historia y se cantaba, comiendo y bebiendo entre bromas y chistes.

Orisa se quedó a vivir para siempre con esa maravillosa familia que encontró un día en la playa.

Cada primavera, cuando las alas brotaban de su espalda, volaba hasta su antiguo hogar para contar y escuchar.

Y colorín colorete,
esto está de rechupete.

*«[...] conducid mi canto sin interrupción desde
el origen del mundo hasta mi propio tiempo»
Ovidio, Metamorfosis. Libro Primero*

A Yan, que ve las montañas en cada ola.

EL ARADO EN LLAMAS

ELENA FRUTOS



uando despertó sintió un helor en el centro de la espalda. Las piedras encastradas en la madera todavía guardaban el frío acuoso de la noche, que se había colado por las ventanas. Hizo amago de mover las piernas, que sentía como enterradas cuando algo salió de su regazo de un salto; ella aún no veía pero alcanzó a sentir el pelaje de la alimaña rozándole el brazo derecho.

Su regazo se enfrió de golpe. La mezcla de frío y calor producía un fuerte hormigueo, como si una sustancia hirviente en su interior golpeará las paredes de una tensa y gruesa piel. Buscó sus brazos y al moverlos se dio cuenta de que no tenía manos.

Entonces, un rayo de sol entra directamente hasta su oído y puede escuchar el agua entrechocando con las rocas y balidos de ovejas que se acercan por la planicie. Quiso entonces salir a zancadas de allí y bajar a ver aquella fiesta.

Sus pies, que se habían dormido también, se descruzaron para pisar suelo firme pero cuando el tacón de marfil tocó la madera, se partió; así, toda ella cubierta de su fastuosa falda azul comenzó a caer escaleras abajo. La madera blanda y noble le pellizcaba hombros, costado, rodillas, todo su cuerpo se volvió el eje de una máquina infernal que giraba agiténdola a ella en su centro. En plena intensi-

dad de la caída los escalones parecían separarse en diminutas varillas vibrantes que recorrían su piel. Sena siente que su cuerpo es una masa tibia e informe arrojada al frenesí de la caída y cuya redondez empieza a perfilarse; entonces al fin la tierra la recibe con un enorme crujido seco.

Después de no se sabe cuánto, la despiertan los resoplidos de un animal en la cara. Se acuerda del rebaño de ovejas que había ido a buscar; el animal con su pesada lengua le rompe y levanta la fina capa de cera que le cubría el rostro. Cuando consigue abrir el primer ojo se miran cara a cara; la cabra la mira atenta: «¿Ves?».

Ella levanta uno de sus brazos y observa su mano a contraluz. El sol traspasa todavía la piel. Se deshace de los jirones de su vestido y con pies calientes y descalzos se pone en pie.

«Has pasado toda la noche con esa estatua de cera chorreando sobre ti. Te quemaste las manos intentando que no perdiera la forma pero ya estaba prendida». La cabra parece hablarle mientras mordisquea la hierba.

Sena se mira las manos. Están grasientas todavía y salpicadas de diminutas gotas de agua. La cabra la interpela pegándose a su pierna.

«Quieren quemar a aquellas mujeres esta noche. Deberías intentar que hablan».

«¿Qué mujeres?».

La cabra volvió a menearse y le pisaba el pie derecho. «Están ahí».

Sena le acaricia el lomo con sus manos aún transparentes. Entonces se percata de los retorcidos cuernos que la coronan. Como si se sintiera observado, el animal levanta la cabeza y la mira de lado. «Tendrás que ir tú».

Sena mira la planicie y el rebaño que ya ha cruzado el riachuelo y se aleja.

Siente que el macho cabrío la molesta. Ha dejado de murmurar y de comer y se ha quedado quieto, mirando de reojo. Se levanta entonces un viento huracanado que viene del este, y cuando mira hacia

atrás observa los densos cúmulos que avanzan hacia ellos, arrojando un manto de sombra sobre el prado.

Acerca sus manos temblorosas hacia la cornamenta y se abstrae en la densa urdimbre de sus estrías. De pronto reconoce una palabra y cuando quiere pronunciarla, la cabra levanta bruscamente la cabeza y grita: «¡Ahorah!».

Las nubes chocan con un estruendo inmenso y arrojan un rayo que cae como una estaca, prendiendo unos matojos. Súbitamente el fuego se extiende cercando el riachuelo. El enorme animal se gira hacia ella y con el rostro quemado y boca humana le grita: «¡Cógelo de una vez!».

Ahora sus enormes ojos son también humanos, «¡Yah!».

Coge ella la pesada cornamenta y echa a correr hacia el bosque rodeada de agitadas cortinas de fuego. La hierba cada vez más alta le cierra la visión y pierde la dirección. Solo huye del fuego, y sus piernas, cada vez más fuertes y musculosas la llevan veloz. La cornamenta se enrosca a su cintura y sus estrías comienzan a desprender una sustancia resinosa que le empapa las manos, hasta endurecerlas.

Sena deja caer un lado de la cornamenta y empieza a arrastrarla surcando la tierra. Recuerda el rostro del ángel que se la dio y comienza a llorar, lloraba mientras corría y de rabia hace un surco cada vez más profundo.

Sus piernas, ahora también endurecidas, pisotean el suelo y allanan las matas ardientes sin quemarse. Las lágrimas caen al suelo cada vez más grandes y pesadas, y poco a poco toman consistencia y movimiento y una lluvia de peces se arremolina en los surcos y se revuelve crepitando.

El arado entonces chasquea y se enreda entre sus piernas, haciéndola caer de nuevo. La tierra retumba, Sena se ha vuelto muy pesada.

Se ha hecho el silencio.

«Bebe», le dice una voz.

Cuando acerca los labios al agua, descubre su rostro ennegrecido y en el brillo de sus ojos reconoce todavía las copas llameantes de los árboles, que se confunden con el suave aletear de los peces en el surco.

Su respiración se contiene un instante. Los peces vacilan en un temblor y abren sus ancas a todo lo que les da como si quisieran tomar impulso para volar.

El agua se embebe en el surco del arado, y del suave vientre de los peces se evaporan las últimas gotas cuando estos se acoplan en una corriente continua que comienza a mecerse. La luz de la luna ilumina entonces los brazos de las mujeres que se yerguen apartando la tierra. Al fondo la bruma deja ver el arado, astillado y clavado en tierra; en sus astas brilla el rocío y los primeros brotes de las hojas de parra.

ELIGE TU DESTINO

MÓNICA ÁLVAREZ

Se había ido a vivir al centro de la ciudad. Estaba harta del campo, decía: «tanto verde y tanto azul que ya no puedo más, ¿dónde está la gente?». Odiaba al cartero, a la panadera, al de la caja de ahorros y a Paquita, la tendera de la única tienda de comestibles que había en el pueblo.

Así que un día empaquetó sus cosas y se marchó. Dejó su trabajo y se montó en el primer autobús que salía con destino a la ciudad.

Al principio le costó un poco «qué ajeteo, cuánta prisa», pero había tanta energía, tanto bullicio que le llenaba de emoción y le impulsaba a investigar y descubrir cosas nuevas.

Se alquiló un apartamento en el centro y con los ahorros que tenía se dedicó a buscar escondrijos y encontrar tesoros, aquellos que ella había soñado tanto tiempo: «la vida está aquí —decía—, aquí voy a encontrar la alegría».

Cerca de su casa había un parque, pequeño, de barrio, con cuatro árboles y un parterre de flores de colores. Le gustaba pasear y sentarse en uno de los bancos a ver pasar a la gente, era su máxima diversión. Eso y perderse por las calles de la ciudad para, horas después, aparecer en otros barrios que no conocía.

Una tarde, mientras esperaba el 51 con destino a los barrios del norte, apareció un autobús distinto a los de la línea de autobu-

ses urbanos. Era amarillo, pequeño y en el letrero frontal donde usualmente ponía la dirección estaba escrito: «Elige tu destino».

«Qué raro —pensó—, seguro que es un bus de estos de turistas que te llevan aquí y allá y bajas y subes donde te plazca». La tarde se estaba poniendo fría y oscura, densos nubarrones cargados de lluvia auguraban tormenta.

Decidió subirse a él.

El chófer era raro. Nada más verlo sintió una leve punzada en el estómago, casi imperceptible, como un presagio sutil de algo no precisamente agradable.

Llevaba la chaqueta con las solapas en alto subidas hasta la barbilla y una gorra de las duras, como de policía antigua, calada hasta las orejas, que le cubría gran parte de la cara o casi toda porque, a decir verdad, no se podía entrever su aspecto real.

Eligió un asiento. No llevaban números sino unos jeroglíficos y abajo, en pequeñito, un punto de color que variaba dependiendo del asiento. Le gustó el de los símbolos dorados con el punto en negro y se sentó.

El autobús estaba casi vacío, cuatro pasajeros estaban sentados al fondo y no podía distinguirlos bien ya que, al igual que el conductor, vestían muy tapados con sombreros y grandes gabardinas y bufandas que apenas dejaban vislumbrar su aspecto.

El autobús arrancó de tal manera que tuvo que sujetarse con ambas manos al asiento delantero para no caerse. Empezó a llover y un sentimiento de angustia se apoderó de ella, una incomodidad al saber que algo estaba fuera de su control pero que ya no había marcha atrás.

Tras una hora de trayecto y viendo que el chófer no había hecho ninguna de las paradas reglamentarias se acercó a él y, aun sabiendo que no se le puede molestar, muy amablemente le preguntó:

—Por favor, ¿podría indicarme cuándo hace este bus una parada?

El conductor no se inmutó, ni siquiera giró la cabeza para mirarle, como si no la hubiera oído.

Estaba muy inquieta, con los nervios a flor de piel, giró su cabeza hacia el fondo del bus a ver si encontraba algún signo de complicidad con los otros pasajeros pero tampoco ellos parecían verla, miraban pero no la veían. La sangre comenzó a helarse en sus venas.

Volvió hacia donde estaba el chófer y esta vez en un tono más alto, casi un grito, le espetó:

—¿Oigaaaaa, dónde para estoooo?

Recibió la nada por respuesta y en un intento desesperado por hacerse oír, le tocó el hombro apretando con fuerza para forzar al conductor a responderle. Se quedó paralizada del miedo. Ahí no había nada, ni hombro, ni carne, no había cuerpo. Temblando de miedo le tocó la gorra, primero despacio, esperando alguna reacción pero al ver que no había señal humana se la quitó de un golpe y lo que vio la aterrorizó de tal manera que la hizo tambalearse hasta estrellarse contra el cristal frontal del autobús. Temblaba de pies a cabeza, el amasijo de ropas yacía sobre el asiento del conductor y la gorra en el suelo. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Quién era ese ser informe y fantasmal que conducía el bus?

Agonizante se fue agarrando aquí y allá hasta alcanzar a los otros pasajeros y entre balbuceos hipos y lloros les explicó lo que ocurría. Para su terror infinito, al tocarles descubrió que no tenían cara, ni manos, sombras borrosas grisáceas envueltas en ropas cotidianas que hizo caer al suelo de un zarpazo para ver que no había humanidad, solo la nada.

Empezó a gritar hasta quedarse afónica, aporreando los cristales con los puños, pidiendo ayuda al exterior y que alguien la sacara del autobús del infierno.

Otra vez nada. Era como si no la vieran ni oyeran, la gente iba tranquilamente por la cera, familias con sus carricoches, pandillas

de jóvenes, el mundo iba de un lado a otro y nadie miraba. Los coches iban despacio, en fila, cada uno por su carril pero no advertían su presencia.

De repente se percató del martillo de emergencia en un lateral del autobús, lo arrancó de la pared y golpeó el cristal con todas sus fuerzas, para su horror el martillo era falso, de goma, no había nada que hacer; el espanto se apoderó de ella. Exhausta, con un miedo inconcebible que le impedía pensar o actuar se tumbó en uno de los asientos, en el medio, evitando la cercanía de todos esos seres fantasmales... sí, ¿por qué no llamarlos lo que en realidad eran? Fantasmas, agujeros negros sin boca ni alma guiados por una energía densa y oscura, y ahora ella se sentía envuelta como si fuera uno de ellos.

«¿Qué quieren de mí? ¿Por qué todo esto?». Sacando fuerzas de no sabía dónde se atrevió, al principio más como una súplica que como una amenaza, para luego increparles:

—¿Qué queréis de mí? ¡Matadme y volved de regreso a vuestras tinieblas o llevadme con vosotros! Ya lo habéis conseguido fantasmas de mierda, ¿seréis capaces de terminar vuestra labor y hacerme desaparecer? ¡Sois cinco contra una, cobardes!

Entonces, como si de un tsunami se tratara, una fuerte sacudida la empujó de un lado a otro del bus, como un boomerang, del suelo al techo para caer de nuevo y así varias veces, hacia la ventana del conductor y por encima de los pasajeros fantasmas. Era como si fuera de goma. Eran tantos los bandazos que ya no distinguía donde se encontraba, estaba siendo una auténtica paliza.

Perdida ya la noción del tiempo y de todo, dolorida y extenuada se acurrucó debajo de uno de los asientos delanteros, intentando evitar así los golpes. El autobús iba solo, no se sabía a dónde y con un destino imposible de discernir.

Y entonces tuvo una idea, era su única salida, podía funcionar. Armándose de valor se fue arrastrando hasta que se sujetó con una

mano al reposabrazos del asiento del conductor y sosteniéndose como podía con sus piernas temblorosas logró ocupar su asiento. Con las manos doloridas pudo coger el volante y con ojos entumecidos y sus párpados hinchados pudo mirar al frente.

Lo que había ahí, el fantasma o el horror que fuera, le forzaba a expulsarla del asiento pero ella se mantenía firme, sabía que era la única forma de salir de allí, coger las riendas del bus y avanzar.

Condujo durante horas por calles y barrios increíbles, de gente durmiendo y andando a la vez, barrios azules, blancos y negros, sitios por donde ella jamás había pasado en sus innumerables excursiones visitando la ciudad.

Se sentía segura conduciendo el autobús, y eso que nunca lo había hecho antes, había que llegar a un destino y poder salir de ahí.

Al cabo de un rato, a lo lejos, vislumbró un cartel: «PARKING EL RETORNO».

No cabía en sí de gozo, era ahí, debía ser ahí donde esta maldita pesadilla tendría su fin. Su plan había funcionado, había que llegar allí como fuera.

El parking estaba vacío. Suavemente eligió un buen sitio a la sombra y aparcó el autobús correctamente. Lloró de alegría. Le embargó una sensación de paz y tranquilidad infinita.

Antes de bajar del autobús se quedó mirando unos segundos al asiento que había elegido y una intuición muy poderosa le hizo acercarse y posar sutilmente la yema de sus dedos sobre el jeroglífico dorado. Por arte de magia, el jeroglífico se transmutó en una frase que decía:

«EL DESTINO ESTÁ ESCRITO»

UN NOMBRE NUEVO

ANA GESTEIRO ALEJOS

En aquel pueblo todos sabían lo que tenían que hacer: el molinero molía el trigo y hacía harina. El panadero tomaba la harina y hacía pan. El herrero en su forja hacía cuchillos y herraduras. El maestro enseñaba a los niños a leer y a escribir, las cuatro reglas y a ser muy obedientes.

—Recordad que aprenderéis el oficio de vuestros padres —les decía—. El hijo del herrero será herrero y el hijo del panadero hará el pan. Así todos tendréis de quién aprender y, algún día, a quién enseñar.

Juan, que era el hijo del alcalde, escuchaba esas palabras con algo de temor... ¿Quién le aseguraba a él que llegaría a ser alcalde?

Esa tarde, mientras los demás niños jugaban en la plaza, Juan salió del pueblo caminando suavemente y se sentó en el brocal de un pozo. Allí se asomó a la profundidad y vio su imagen vibrante sobre la oscura superficie del agua. Pero había algo más reflejado allí. Tras él vio la silueta de un águila real.

Juan se asustó al principio, pero al cabo de un momento el águila desapareció. Juan miraba su imagen solitaria y echaba de menos la presencia del ave.

Al día siguiente Juan no se presentó en la escuela. El maestro se puso muy nervioso porque nunca, en sus muchos años trabajando

en aquel pueblo, un niño había faltado a clase sin estar enfermo. Y Carlos, el hijo del médico, dijo que su padre no había visitado al hijo del alcalde aquella mañana.

Juan se había pasado el día a las afueras del pueblo, sentado en el brocal del pozo, esperando a que el águila volviera. Al mediodía ya estaba bastante aburrido y empezaba a tener hambre. Como no quería volver a su casa y que su padre le preguntara dónde había estado toda la mañana, tomó el camino en dirección opuesta al pueblo y, sin mirar atrás, se adentró en el bosque.

Al principio el canto de los pajarillos lo acompañaba y algunos conejos curiosos salieron al camino a ver a ese niño que andaba solo por allí. Poco a poco se fue adentrando en la profundidad del bosque, donde todo se fue haciendo más oscuro. Juan no recordaba haber estado nunca en aquella zona. Cada vez se veían menos animales e iba haciendo más frío.

Juan vio una sombra moviéndose entre los árboles. Un lobo negro e imponente se acercaba hacia él y Juan no tenía donde esconderse.

—Tranquilo, Juan. No tengo pensado comerte esta tarde. Solo quería saludarte, porque hace mucho tiempo que no recibimos aquí la visita de ningún habitante del pueblo.

A Juan ni le salían las palabras del cuerpo.

—Vaya, veo que te has olvidado de mí. Cuando naciste tu padre te trajo hasta aquí. Entonces supe que algún día vendrías a visitarnos por tu propio pie, aunque no me esperaba que fuera tan pronto. ¡Mírate! Cómo has crecido. Aquí a veces perdemos la noción del tiempo. Vivimos la sucesión de días y noches, de las estaciones del año, pero no nos interesa tanto como a vosotros llevar la cuenta...

Juan tenía miles de preguntas agolpadas en la garganta pugnando por salir. Apenas atinó a balbucear:

—¿Tú eres el lobito bueno?

—Jajajaja... Qué chistoso eres, Juan. Dime, ¿tú eres el niño bueno?

Juan se puso colorado y se dio cuenta de que su pregunta no era la más inteligente. El lobo parecía haberle leído el pensamiento.

—No te preocupes, Juan. No hay preguntas tontas. Ya sé que en el pueblo tenemos mala fama y que algún bienintencionado se inventó esas cosas del mundo al revés que no hacen bien a nadie. Yo soy un lobo, igual que tú eres Juan, y no hay forma en que podamos hacer mal lo que cada uno tenemos que hacer.

Estas palabras entristecieron a Juan, que creía haber dejado lejos el pueblo y sus exigencias.

—Bueno, tú eres un lobo. Eso salta a la vista. Pero ¿cómo sé yo que soy Juan? ¿Y si ese no es mi nombre en realidad?

—Solo hay una forma de que puedas saberlo. Tendrás que encontrar el huevo azul al que solo cantas tú. Entonces lo sabrás. Me ha encantado volver a verte, Juan. Siempre serás bien recibido aquí.

Después de decir estas cosas, el lobo se dio la vuelta y desapareció tal como había aparecido, y el niño se quedó tan confuso como antes.

—Tengo que encontrar el huevo azul al que solo cantas tú. Qué cosas dicen los lobos...

Pero se dio cuenta de que el lobo no le había dicho dónde buscar. Por lógica, pensó que debía buscar donde se buscan los huevos: en un nido. Así que puso toda su atención en las copas de los árboles, aunque en aquella zona tan oscura del bosque apenas había pájaros.

Tanto miró para arriba que irremediablemente acabó tropezando con lo que parecía una raíz. Cayó de bruces al suelo y con sorpresa escuchó una voz que le decía:

—Oye, chico, ándate con más ojo.

Era una serpiente tan larga como ancho era el camino ¡Claro! ¡Cómo no se me había ocurrido antes! ¡No solo los pájaros ponen huevos!

—¡Chico! —dijo la serpiente—. Lo primero buenas tardes, ¿no?

—Ah, sí, buenas tardes, señora serpiente.

—Eso está mejor. Y lo segundo, estaría bien que me dijeras tu nombre.

—Ay, ojalá pudiera. Precisamente por eso estaba tan distraído. Hace un rato me he encontrado con el lobo y me ha dicho que para saber cómo me llamo necesito encontrar el huevo azul al que solo cantas tú, y andaba buscando por las copas de los árboles. Pero... las serpientes también ponéis huevos, ¿no?

—Sí, chico, pero no azules, precisamente. Y a mis huevos moteados no creo que le gusten mucho las canciones y menos las de un extraño. Más vale que sigas tu camino y que estés más atento, porque si llegas a encontrarte con otra de nosotras, dudo que sea tan amable como yo.

—Pe... pero...

La serpiente le dejó con la palabra en la boca y con un contoneo imposible desapareció de su vista entre la maleza. Así que el chico se quedó tan confuso como antes y encima pensando si sería verdad que esa parte del bosque era peligrosa.

Por si acaso, no tardó mucho en reemprender el camino. Poco a poco se iba haciendo más empinado, el bosque menos denso y el sol más presente. Cuando quiso darse cuenta estaba trepando por la ladera de la montaña. Escuchó un silbido y pensó que no había nadie allí que pudiera silbar de aquella manera. Entonces se presentó frente a él una cabra, la cabra más grandiosa que nunca hubiera visto.

—Señora cabra, buenas tardes.

La cabra se alegró mucho de encontrar a un muchacho tan educado y dio un silbido de aprobación.

—Estoy buscando el huevo azul al que solo cantas tú. ¿Sabe dónde está o cómo puedo encontrarlo?

Si la cabra lo sabía, nunca lo sabremos, porque se limitó a mirarle de arriba abajo y salir triscando hacia la cima. Así que el muchacho se quedó tan confuso como antes pero como era lo único que tenía, por si acaso, decidió seguir el camino de la cabra monte arriba.

Cada vez le costaba más avanzar, y a cada paso suyo las piedras se desprendían rodando ladera abajo. En más de una ocasión le pareció escuchar: «Gracias, ya estaba cansada de estar en esa posición».

Se sentó en lo alto de una roca y desde ahí podía ver el bosque y su pueblo. ¡Parecía tan pequeño! Afinó su vista buscando su casa y en ese momento un águila real pasó frente a él. Era la misma que había visto en el pozo. Después de dar unas cuantas vueltas sobre su cabeza el águila se posó en una roca cercana a la que él ocupaba.

—¿Qué haces tan lejos del pueblo?

—Estoy buscando el huevo azul al que solo cantas tú. El lobo me dijo que solo así podría saber mi nombre.

—Y dijo bien. Ya estás bastante cerca, pero aún tendrás que subir un poco más. Ánimo.

Al chico le alegró que por fin alguien le hablara claro, y después de dar las gracias, se dispuso a seguir trepando por la montaña.

A cada paso imaginaba cómo sería el huevo azul, además de azul. Cuanto más ascendía, más viento había. De pronto, en el silbido del viento le pareció empezar a reconocer palabras, hasta que alcanzó a escuchar una canción:

«Sigue adelante, no tengas miedo
ya estás más cerca del huevo».

Cuando fue capaz de escuchar la canción completa, el viento cambió y de soplarle en contra pasó a soplar a su favor. Sentía que bailaba como una hoja seca. Caminaba, corría, saltaba, casi volaba.

El muchacho se encontró en la entrada de una cueva. A estas alturas nada le asustaba. De la cueva salió volando un pajarillo apenas más grande que un gorrión, de plumas coloridas y brillantes.

—Adelante. Te estábamos esperando.

El chico se adentró en la cueva y cuando su vista se fue acomodando a la falta de luz, fueron apareciendo frente a él rocas de todos los colores del arcoíris y de otros que nunca antes había visto. Formaban una espiral perfecta y en el centro estaba el huevo azul.

Era más pequeño que una nuez, mucho más pequeño de lo que él había imaginado.

En el silencio de la cueva supo que era su turno de cantar. Cerró los ojos y de sus labios comenzó a brotar una melodía que nunca antes había escuchado. O tal vez sí.

A medida que iba cantando, iba escuchando en su propia voz la historia de su viaje, después la de sus padres y abuelos y poco a poco, la de sus bisabuelos y otros ancestros de los que nunca había sabido el nombre. Cuanto más atrás iba en la historia, las palabras iban cambiando a lenguas que ya nadie conoce. Cantó amores, cantó muertes, cantó migraciones y guerras. Su lenguaje se iba haciendo cada vez más primitivo, aunque no por ello la melodía perdía en matices. No sabemos cuánto tiempo estuvo allí cantando y cantando, desenmarañando su historia hasta que terminó emitiendo una palabra que apenas era un gruñido.

Repitió ese gruñido con el regocijo de un bebé que busca su primera palabra. Y buscando y jugando, el gruñido se convirtió en un nombre: Juan. Pero esta vez sonaba nuevo y único.

Cuando Juan crezca, tal vez sus vecinos lo elijan como alcalde. De momento se sienta todas las tardes en el brocal del pozo y, quien quiere, se acerca para que Juan le cante su historia y tal vez, para que le diga de nuevo su nombre.

A Jara, por llevarme a casa.

HIJO DEL CARBÓN

MARIBEL GARCÍA MOLINA

Erased una vez un dragón muy poderoso y valiente que poseía gruesas escamas invulnerables de color cobrizo, su aliento de fuego era temido y conocido más allá de las fronteras del valle. Vivía solo en una gran cueva oscura y húmeda y dormía sobre una cama de carbón. Él era el rey del valle.

Se encargaba de velar por la seguridad de los habitantes de su reino. Todas las mañanas vigilaba el cielo y se aseguraba de que todo estaba en orden. Eran incontables las batallas que había ganado, los ejércitos que había arrasado, así pues era un rey admirado y venerado por su pueblo.

Uno de los días en que el Rey Dragón sobrevolaba el valle haciendo su habitual vigilancia, vio unas luces brillantes que explotaban en el cielo, eran unos coloridos fuegos artificiales. Se oían músicas y cánticos, parecía que en uno de los pueblos del valle se celebraba algo, así que el dragón bajó ilusionado su vuelo acercándose a ellos con intención de unirse a la fiesta. De repente la enorme sombra del dragón cubrió el cielo y se hizo de noche en el pueblo. Cuando los niños lo vieron acercarse con sus enormes alas rojizas empezaron a gritar y sus gritos se contagiaron, pronto todos corrían a esconderse en sus casas. Para cuando el dragón se posó en la plaza del pueblo no había ni un alma alrededor y era el silencio quien reinaba.

El dragón se percató súbitamente de que no solo sus enemigos lo temían, sino también su pueblo. Sintió que su valor de vigilia no era apreciado, dedicaba su vida a ellos y así se lo agradecían, pensaba disgustado. Él solo quería que lo quisieran, como él los quería a ellos.

Regresó a su nido de carbón sintiéndose muy triste y solo. Al día siguiente no tuvo ganas de salir a volar y vigilar el valle, no encontraba el sentido de ser rey de un lugar donde no era amado.

La tristeza le duró mucho tiempo. Las preguntas sobre qué tenía de bueno ser Rey Dragón se le agolpaban en la cabeza, así que un día decidió ir a ver a los hechiceros del valle para preguntarles por su destino. No los conocía personalmente, pero había oído historias sobre ellos y cómo con su magia ayudaban a la gente. Hasta hoy, él nunca los había necesitado.

Se presentó en la cabaña de los hechiceros y ordenó desde la puerta que contestaran a sus preguntas. Los magos salieron a paso lento al reclamo del dragón y se detuvieron ante su puerta. Eran dos personas ancianas de cabellos canosos. Ella con una melena que le arrastraba hasta el suelo, él con un gesto duro en la mirada sosteniéndose con un bastón. El dragón al verlos comenzó con su primera pregunta:

—¿Por qué me teme mi pueblo?

—No solo te temen, te respetan, nadie es tan poderoso como tú —contestó la hechicera.

—Ya, pero yo quiero formar parte de ellos y que me quieran.

—Los dragones no hacen esas cosas, los dragones reinan, son temidos, arrasan ejércitos y viven solos.

—Y... ¿Hay más dragones además de mí?

—No, como tú solo hay uno, eres el rey, el elegido, el único —contestó con determinación la anciana.

—Pero de algún sitio vendré. ¿Sabéis quiénes son mis padres?

—La verdad conlleva dolor pero si tú lo deseas, te será revelada —contestó la anciana con ojos vidriosos.

—Quiero saber —dijo expectante el dragón.

—Naciste de mí, nosotros somos tus padres, hijo mío.

El dragón no supo qué decir ante tal revelación de la hechicera; se preguntaba si sería cierto aquello o intentaba jugar con él. Esa mujer le generaba desconfianza, aun así, su curiosidad era más grande y pidió saber más, así que ella continuó con su historia.

—Poco antes de nacer tú, los pobladores a los que siempre habíamos ayudado en sus problemas con nuestra magia durante generaciones, empezaron a perder la fe en nosotros, el motivo era que veníamos de largos períodos de hambrunas, plagas y muchas muertes. Ellos se mantuvieron incansables en su fe durante algún tiempo, nos hacían ofrendas y rezos, pero nosotros no pudimos detener ese castigo de la naturaleza que solo les traía muerte y ellos no podían entender tanto sufrimiento. El enfado y dolor por su pérdida se hizo mayor y al final nos acabaron culpando a nosotros. Nos insultaban y despreciaban por las calles, se volvieron iracundos.

»Una de esas largas noches se organizaron y reunieron gran número de vecinos de todos los lugares del valle y vinieron con fuego en sus antorchas hacia nuestra cabaña. Esa noche yo estaba embarazada de ti, poco les importó. Nos ataron a tu padre y a mí en el centro de una gran hoguera. El fuego empezó a calentar bajo mis pies, tú empezaste a removerte dentro de mí, era pronto para que nacieras pero tú querías salir al mundo y yo en ese momento solo quise salvarnos.

»Desesperada, apuntando a la hoguera, dije un hechizo para convertirte en otra cosa distinta a lo que eras que pudiera salvarte del fuego y de la ira de los pobladores. Grité: «¡Fogus Vitae Furius!», y de dentro de mí salió una bola negra que se escurrió entre las llamas apagando todo el fuego que nos envolvía. Se empezó a escuchar un grito estremecedor de entre las cenizas y apareciste tú

trepando de la montaña carbonizada. Al coronar la cima de la carbonera alzaste tus alas y lanzaste una bocanada de fuego. Yo clamé a todos con orgullo:

—¡Este es mi hijo, es mi sacrificio para salvaros, él cuidará de vosotros y a cambio será vuestro rey!

Todos se arrodillaron ante ti sin dudarlo y te rindieron pleitesía desde ese día hasta hoy. Necesitaban recuperar la fe y la encontraron en el milagro mágico en que viniste al mundo. A nosotros no solo nos dejaron en paz, sino que volvieron a respetarnos y venerarnos. Lo hicimos por ti hijo mío, queríamos salvarte.

—¡Lo hiciste para salvaros a vosotros! —dijo el dragón con ojos incendiarios y rabiosos—. ¡Vosotros me habéis hecho esto, estoy solo por vuestra culpa! Yo no quiero ser un rey, quiero ser como los demás, quiero mi forma verdadera, lo que iba a ser antes de que ese hechizo me convirtiera en dragón. ¡Devolvedme mi cuerpo!

—No tenemos un hechizo que deshaga otro hechizo, no podemos devolverte tu cuerpo —dijo con voz temblorosa el anciano padre que hasta ahora se había mantenido en silencio en la conversación.

—¡Tenéis que encontrar la solución!—contestó el dragón con tono amenazante.

El padre se quedó pensativo y con el miedo en su voz dijo:

—Tal vez haya una posibilidad. Poseo una pócima de una higuera sagrada. La he usado alguna vez para transformaciones temporales de cuerpos. Se siente mucho dolor en esa transformación por eso no la uso demasiado. Si la bebes te puedes convertir en otra cosa distinta a lo que eres durante un día. Tal vez así sepas qué prefieres ser. Piénsalo bien, ¿quién querría ser humano u otra cosa en tu lugar? Ser dragón es lo mejor, eres el rey.

»El hechizo que conjuró tu madre te convirtió en dragón pero si deseas transformarte en otro ser, solo tú encontrarás la forma de hallar tu verdadera naturaleza.

El padre dijo así sus últimas palabras y acercó el brebaje al hijo.

El Rey Dragón dio la espalda a sus padres, bebió la pócima que le supo amarga y se adentró en la noche oscura del bosque. Bruscamente sintió terribles dolores, era insoportable la transformación, lo era tanto que dudó de si realmente quería descubrir su forma original, jamás había sentido algo así. Poco a poco se fue haciendo más y más pequeño, su piel se volvió blanda, veía su sangre fluir a través de ella, se miró las manos con asombro y supo entonces que se había convertido en un humano.

La mirada que tenía ahora del bosque era distinta a la conocida cuando con un solo batir de alas atravesaba todo el bosque. Ahora sus ojos no llegaban a controlar mucho más allá de unos cuantos pasos. Sin embargo, había otro tipo de detalles desconocidos hasta ahora que le resultaban atractivos, aromas que le embriagaban, sus pies descalzos sobre la humedad de la vegetación, hojas secas que caían en un vuelo lento y en espiral de los árboles casi desnudos. Tenía la sensación de que el tiempo pasaba ahora más lento y que podía saborearlo un poco más.

Siguió caminando bosque a través casi a ciegas, sin saber muy bien qué debía esperar u ocurrir, sin rumbo.

Fue entonces cuando apareció un tigre feroz y salvaje que se abalanzó sobre él. El tigre era muy fuerte, el dragón nunca se había enfrentado a alguien más poderoso que él, sintió miedo por primera vez en su vida y le dijo al tigre:

—Soy el Rey Dragón ¡no me comas!

—Es lo más loco y absurdo que me ha dicho un humano para que no me lo coma —dijo el tigre panza arriba entre carcajadas—. ¡Cómo vas a ser tú un dragón o el rey de ningún sitio! Eres pequeño, blandito y comestible.

Entonces el humano le contó su historia y fue poco a poco despertando la atención del tigre. No tenía muy claro si creerle o no ya que no entendía por qué el Rey Dragón quería ser humano,

pues ser rey y dragón es lo mejor que hay. De cualquier forma la vulnerabilidad del humano conmovió al tigre y decidió acompañarle en su camino para protegerlo de que no le pasara nada.

Tigre y humano caminaron intercambiando historias de su vida. El humano experimentaba una calidez en el pecho en compañía del tigre y por primera vez sentía que alguien cuidaba de él. Entendió junto al tigre que aunque sus formas físicas eran distintas, sus almas hablaban un idioma parecido. La reciente amistad del férido le hacía sentir menos solo.

Caminaron juntos hasta distinguir una luz intensa que se abría entre los árboles al final del bosque. El humano corrió con curiosidad dejando atrás al tigre y se asomó hasta el claro donde se contemplaba el gigantesco océano. No era la primera vez que veía el mar, pero nunca le supo tan inmenso.

Se asomó al precipicio donde la tierra terminaba y el miedo, una vez más, sacudió su estómago. No era agradable de sentir, sin embargo, sentía una relación magnética y contradictoria que le empujaba a mirar más abajo del precipicio, a pesar de la turbación que le producía.

Tras largo rato de mirar hipnotizado el mar, oyó una voz que procedía desde abajo. Era una ballena jorobada que se zambullía graciosamente en el gran azul.

—Hola humano, observo que llevas un rato absorto mirando el mar, si tanto te gusta. ¿Por qué no vienes aquí abajo conmigo y te enseño todos los misterios de las profundidades marinas? —dijo la ballena alegremente mientras daba un coletazo que levantaba una ola de varios metros.

—No hay forma de bajar allí abajo, hay demasiada altura —contestó el humano analizando visualmente las paredes pedregosas y puntiagudas del barranco.

—¿Y por qué no saltas? —contestó el cetáceo.

—¿Estás loca? Soy un humano y no sé volar, ayer era un dra-

gón y sí que podía pero ahora no. Además, tampoco puedo respirar bajo el mar como tú para poder conocer las profundidades del mar contigo.

—Si eras un dragón ayer, todavía lo sigues siendo, uno no se olvida de quien es de un día para otro, seguro que aún sabes volar, ¡venga, inténtalo!

—Pero tengo miedo —espetó el humano.

—Puedes sentir miedo porque hay mucho valor dentro de ti. Si vienes conmigo viviremos aventuras marinas que ningún humano o dragón haya vivido jamás.

El humano se sentía seducido por la idea de conocer el mar profundo y sin límites que se presentaba ante él. Frente al precipicio se encontraba confuso sobre quién era realmente, si un dragón o un humano... ¿Y si ahora quería ser un pez?

Fue entonces que recordó aquello que le dijo su padre: Si deseas transformarte en otro ser, solo tú encontrarás la forma de hallar tu verdadera naturaleza». Cuando sonaron estas palabras en su cabeza sintió una certeza dentro sí mismo, supo que podría ser quien quisiera pues era el dueño de su destino y ante él se presentaban infinidad de posibilidades.

Así pues, retrocedió unos pasos hacia atrás, tomó impulso y, a pesar del miedo, saltó al vacío del acantilado.

NUNCA ESTÁS SOLO

RICARDO MORENO

Erased una vez un ratón que vivía en el interior de un gran árbol, allí pasaba consulta pues era doctor, cada día diversos animalitos acudían para que les ayudara a remediar sus males. Esa mañana se encontraba curando a un zorro de una gran herida que semanas atrás se había producido por la fuerza de un cepo; por suerte este artilugio afilado y dentado, solo desgarró una pequeña parte de su pata derecha. El ratón había sanado aquella herida con un maridaje a base de plantas medicinales de aquel lugar.

En ese instante una paloma blanca llegó planeando hacia este lugar, recogiendo sus alas se colocó delante del ratón y exclamó:

—¡Auxilio Ratón, ha ocurrido algo horrible!

—¿Qué ha pasado? —preguntó el ratón.

—El gato montés está muy malito, esta mañana regresó de su paseo nocturno con un gran dolor de tripa y casi no puede respirar.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó el ratón.

—Allá, al final de valle, cerca del encinar, a dos pasos del sol volando en línea recta desde aquí.

—Pero eso está muy lejos, caminando tardaría como dos días en llegar —dijo el ratón.

En ese momento un gran estruendo se oyó, de repente las nu-

bes se convirtieron en un gran manto oscuro y seguidamente comenzó a llover; para protegerse todos pasaron al interior tras la invitación del doctor.

Durante un tiempo entre los tres animalitos estuvieron hablando y discutiendo de cómo sería la mejor y más rápida forma de llegar hasta aquel lejano lugar.

Aunque todos querían ayudar, la paloma no se veía capaz de llevar volando al ratón pues entendía que sus garras eran débiles y pequeñas, no tenían la fuerza suficiente para soportar todo ese peso. El zorro, malherido, se lamentaba pues su situación le impedía trotar con agilidad.

La lluvia caía cada vez más fuerte, relámpagos seguidos de truenos no paraban de sonar. Por un momento el doctor se retiró hacia el interior de su tronco con una inmensa incertidumbre y un gran problema que solucionar. Con una cerilla prendió una vela que iluminaría parte de la oscura habitación, el ratón se sentó en su mecedora, cerró los ojos, juntó sus manos y se olvidó de pensar.

Todo aquel lugar era un largo y profundo valle atravesado por un caudaloso río que daba vida y color a toda la población. En sus cuarenta y dos meandros vivían infinidad de especies de animales en armonía, todos con un objetivo común: vivir en paz y amor.

En cada uno de esos cuarenta y dos pliegues del río existía una aldea; cada una de estas pequeñas poblaciones de animales estaba gobernada por un ser muy especial. Este era el caso de la Nutria que, estando en lo más alto de su pedestal, preocupada y pensativa por el transcurso de la tempestad, recibió la llamada del espíritu. Una revelación le advertía que era su responsabilidad proteger a todos los animales de aquel lugar y que estuviese atenta y dispuesta para ayudar.

El caudal del río iba creciendo y la nutria ordenó a sus alguaciles que cortaran troncos de madera para construir diques de contención, con una larga sogá de esparto iban trenzando los palos; mu-

chos animales trabajaban muy duro bajo la lluvia hasta lograr unas sólidas barreras naturales que evitaban las inundaciones.

De repente la lluvia paró, las nubes se abrieron para dejar pasar un rayo de sol al interior de la habitación donde se encontraba el ratón. En ese momento, de un salto, el doctor cogió sus pócimas y plantas, las metió en su maletín y dando un respingo exclamó:

—¡Vamos, comencemos con la misión!

A poco más de un paso de sol el ratón navegaba río abajo sobre una balsa de madera tirada por la nutria con una gran maroma de esparto, en un momento de gran velocidad sobre el agua, el ratón perdió su maletín con las medicinas naturales, pero un ágil y generoso salmón rescató y se lo devolvió al ratón.

Tras ese momento de máxima preocupación por la nutria, soltó de su boca la maroma de esparto, giró la cabeza hacia atrás y dijo al ratón:

—¡Tranquilo, nunca estás solo!

En el meandro cuarenta y dos, cerca de donde se encontraba el encinar, ya había llegado volando la paloma, que estaba postrada en una roca. Tan pronto como vio aparecer por el río a la nutria, tirando de aquellas maderas flotantes, exclamó:

—¡Por aquí, por aquí!

Y esta es la historia que el gato montés contaba a sus nietos cada domingo que venían a visitarle, que gracias al espíritu de la nutria y a la valentía del ratón, pudo recuperarse de aquella mala digestión y siempre les decía:

—Recordad, nunca estáis solos.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

EL SUEÑO DE HINA

TINA ZAPLANA

Todo empezó con una música de fondo en una cuadra muy animada, pero no cualquier cuadra ya que en ella habitaban cuatro animalitos muy peculiares.

Ollero y Educado, los caballos de la cuadra; Poppy un precioso gato muy revoltoso, y la princesa de la casa, una perrita labradora llamada Hina.

Todas las mañanas Ollero, que era el jefe debido a su edad, sacaba un listado de tareas a repartir entre sus compañeros para así mantener la cuadra limpia, ordenada y con una energía que se respiraba paz y a los dueños les encantaba.

Pero una mañanita de un otoño caluroso, Ollero empezó a leer las tareas como de costumbre cuando de repente, Poppy salió corriendo de su lugar para ir a la persecución de un bello ratón que en esos momentos solo sabía correr y buscar un lugar donde poder librarse del peludo felino.

Ollero, que no daba crédito a lo que se originó empezó a enfadarse por el grandioso alboroto que Poppy ocasionó en la cuadra y empezó a gritar:

—¡Poppy, Poppy!, vuelve a tu lugar y deja estar al ratón.

Mientras que Poppy no escuchaba y seguía persiguiendo y persiguiendo al ratón que ya estaba a punto de caer rendido tras el can-

sancio. Así fue cómo la cuadra por momentos se convirtió en un verdadero caos.

Todo esto estaba sucediendo en la cuadra mientras que Hina dormía profundamente, tanto que hasta roncaba y parecía estar soñando de lo profunda que estaba.

Educado, que no le gusta trabajar y hacer tareas, aprovechó ese momento para hacer lo que más le gustaba: bailar el baile del oso con la música que se dejaba escuchar cuando se podía, e intentar de esa manera que alguien lo sacara de allí al exterior.

De repente entró el ratoncillo corriendo y pudo trepar por un hueco donde Poppy no podía entrar, y así alcanzar una altura suficiente para no ser atrapado. Una vez allí el ratoncillo, paralizado por la falta de aire, empezó a respirar y respirar, hasta que calmó su estado y una vez en calma empezó a hacer unas figuras extrañas a la vez que respiraba, tan raras eran que al verlo todos se quedaron con la boca abierta y los ojos sin parpadear de lo que el ratoncillo estaba haciendo.

Ollero, que cinco minutos antes parecía un toro en lugar de un caballo del enfado que tenía, se atrevió a ser el primero en preguntar al ratoncillo:

—¿Se puede saber qué estás haciendo con tu cuerpo y ese ruido al respirar?

Ratoncillo paró de hacer sus posturas raras y le contestó muy alegremente al ver que alguien estaba interesado por lo que hacía:

—Puesss yoga, flexibilidad, calma, meditación y sobre todo ejercicio. Estoy haciendo yoga, la última novedad en el mundo... ji ji ji ji. Deberíamos hacer yoga todos los días al levantarnos.

Hina despertó estirando su grueso y corpulento cuerpo en el momento en que todos decían:

—¿Yogaaaaaa?

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Y quién es este amiguito nuevo?

—preguntó Hina.

Poppy, que estaba furioso por no poder haber cazado a su ratón, al escuchar la palabra amigo en boca de Hina le contestó:

—Calla Hina que no te enteras de nada. Amigooo un ratón, no es un amigo es mi juguete preferido en estos días de otoño que las tardes son mas cortas y me aburro mucho aquí dentro contigo y los otros dos relinchones.

Ollero observaba todo muy detenidamente y, Educado, dejó su baile para más tarde para participar en lo que allí estaba pasando, y añadió, Educado, dirigiéndose a Poppy:

—¿Qué vas a hacer con tu juguete cuando te canses de él? ¿Por qué no escuchamos más a Ratoncillo a ver qué nos tiene que decir? Y como todos sabemos que eres un gato perezoso pues ya de paso le pedimos que nos ayude en nuestras tareas, las tuyas y las mías.

Poppy se quedó en silencio unos segundos para responder que no le gustaba que le ordenasen y le mandaran tareas de cuadra, cuando él dijo que era el más limpio de la cuadra.

—Me parece correcta tu propuesta, repartimos tareas con él y nosotros nos relajamos, que para eso llevamos mas tiempo aquí —dijo Poppy a Educado.

El ratoncillo, que estaba muy atento a lo que allí acontecía, quiso entrar en la conversación antes de que fuera a más, y proponerles algo a todos para que lo admitieran en el equipo de la cuadra.

—Os propongo algo súper interesante y saludable para todos. Yo, Ratoncillo, me comprometo todas las mañanas a la salida del sol y cuando todos estéis despiertos... he dicho muyyyy despiertos Hina, ¿lo pillas? Os puedo dar clases de yoga y de esta manera empecamos el día con mas energía para afrontar las tareas con fuerzas y alegría. ¿Qué os parece la propuesta chicos?

Hina, que ya estaba más despierta, le preguntó a Ratoncillo:

—¿Dónde has aprendido a hacer yoga, amigo mío?

Ratoncillo le contestó de inmediato:

—Pues resulta que mientras que vosotros echáis la famosilla

siesta, yo salgo en mi súper patinete a toda velocidad a la tienda del pueblo más cercano a buscar mi queso preferido y alimento para este cuerpecito que aquí veis. Y mientras espero a que abran las puertas me paro en una pantalla gigante donde aparecen los humanos diciendo que hacen yoga y yo, para no aburrirme, voy repitiendo todo lo que hacen una y otra vez. Hasta que aparece el queso ante mí y me lanzo a por él y salgo en mi súper patinete hasta llegar a casa.

Tras la aclaración de Ratoncillo hubo un largo silencio en la cuadra y Ollero que seguía observando y sin decir palabra debido a lo sorprendido que estaba por todo lo que allí había pasado, se animó a decir:

—Chicos, esto es fantástico, súper fantástico todo lo que aquí acaba de pasar.

Poppy añadió:

—¡¡¡¡Fantástico!!!!

—¡Sí, fantástico Poppy!, ya que tenemos un nuevo miembro y amigo en la cuadra que nos ayudará a que nosotros realicemos nuestras tareas con más energía, salud y alegría y esto es un regalo que hoy nos ha venido sin pedirlo —dijo Ollero y mirando a Poppy con educación aclaró—: y las tareas, queridísimos amigos, serán las que siempre hemos tenido cada uno de nosotros, nada de repartir tareas a Ratoncillo, él tendrá su propia tarea de darnos yoga. ¿Qué os parece amigos?

Todos aplaudieron las palabras de Ollero, incluido Poppy, mientras que Hina levantaba su patita para pedir la vez y poder decir algo que le había sucedido:

—Chicos estoy muy feliz porque mientras dormía soñaba y al despertar de mis sueños tan profundos pude comprobar que todo lo que aquí estaba sucediendo era mi sueño hecho realidad. Los sueños se cumplen, tan solo tenemos que crearlos para soñarlos y hacerlos realidad.

Y colorín colorado, Hina lo ha terminado.

APÉNDICE 1

LA RICERCA

FEDERICA MILANO

Versión original en italiano

C'è stato un tempo in cui le nebbie del mattino nascondevano sbuffi di draghi addormentati ai piedi delle colline, e tutti sapevano che le storie dei fiumi custodivano una saggezza che si impara solo nell'infinito essere, senza mai rimanere. Un tempo in cui gli alberi discutevano ad alta voce in gran concilio, ed era il vento che stava ad ascoltare. In cui la terra correva sotto i piedi dei viandanti perché arrivassero prima di sera a casa o a un letto caldo. Un tempo dove, davanti al fuoco, si raccontava ai bambini che Verità era il nome di un bufalo errante che si poteva incontrare solo alla fine del mondo, e Coraggio una nube bianca che nascondeva a volte la luna, come una coperta.

In quel tempo, sulle rive di un lago, viveva una donna conosciuta per la sua voce di incanto. Si diceva che col pronunciare solo una manciata di parole, potesse risvegliare la terra dal suo sonno

profondo e aprire le porte alla primavera. Nessuno sapeva da quanti anni avesse fatto di quel lago la sua casa, ma era impossibile negare che ormai nessuno più vivesse tra quelli che, per primi, la avevano vista cantare al sole una mattina. Ma è meglio ora che taccia, perché non è ancora il momento per noi di incontrarla.

Nondimeno, è in quel tempo e non lontano da quel lago, che si dipana la nostra storia. Se non serbate memoria di questa era antica, e tutto vi sembrerà assurdo, non vi crucciate. Non siete i soli. Persino a quel tempo c'era chi andava cieco per il mondo.

Dunque, in quel tempo e non lontano da quel lago, sorgeva ai piedi di alcuni picchi una città-fortezza. Alte guglie e torri spezzavano il cielo, e le voci dei corvi erano nascoste dalle urla del mercato e il rumore di carrozze e carretti che sobbalzano sulle strade strette. C'era gente e neve dappertutto.

A guardare il formicaio di questa città, dall'alto della torre più alta, ecco, infine, chi siamo venuti ad incontrare: Core. Sul viso la forza selvaggia e la bellezza arruffata di chi è destinato al comando, e la disperazione di chi ha ancora solo vent'anni.

Lasciate ora che vi racconti cosa accadde, perché è con lei che ha inizio la nostra storia.

In quel tempo, dall'alto della torre più alta di una nostra città fortezza, Core indugiò prima di voltarsi e scendere le scale. Arrivare in ritardo all'incontro con il proprio destino le parve un po' troppo, anche per lei. Quando entrò nella grande sala dell'assemblea, non parve notarne il silenzio solenne e raggiunse con passo sicuro la sola sedia al centro. Tutti gli sguardi la seguirono e la lasciarono solo una volta seduta, per spostarsi all'unisono qualche metro più in là. Una donna anziana era lì in piedi. La semplicità senza adorni non faceva trasparire chi fosse ma la sua presenza comandava al suolo gli sguardi. Non quello di Core, che la studiò a lungo. Con calma ne esaminò il sorriso tirato, che appena le incurva le labbra.

—Madre —pensò—, è tempo.

Dopo alcuni istanti, la sacerdotessa parlò:

—Sono già passati tre anni dall'ultima ricerca, e le urla si sono spente tra le montagne. Anche questa volta, chi è partito non è tornato. E ancora la nostra terra riposa in questo infinito inverno, e un'altra generazione non ha conosciuto tepore, se non quello del fuoco. Checché la vita prosegua, in questo freddo non esiste pace. Perché chi ci fu tolta ancora non ritorna, ma langue prigioniera tra le spire del mostro.

Dopo un respiro profondo proseguì:

—Come ben sapete, nessuno ha mai vissuto per raccontare cosa si nasconda tra le viscere di queste montagne. Del grande male conosciamo solo lo stridio degli artigli contro la pietra, che hanno risuonato ad ogni tentativo che abbiamo fatto —e i nostri padri e le nostre madri prima di noi, e le loro madri e i loro padri prima di loro— di strappare alle sue fauci colei che fu così tanto amata, che ancora oggi il cielo non fa che piangere la sua dipartita e anche d'estate copre i nostri campi di neve.

Alla parola stridio la sala intera aveva trattenuto il fiato. Anche Core sentì il petto stringersi in una morsa mentre l'eco lontano del metallo contro pietra, delle urla disperate e della cacofonia della lotta, le riempivano le orecchie. Un incubo, ogni tre anni, portato dal vento giù fino alla città. La fine della ricerca. Un'altro guardiano divorato dal male. Un'altra famiglia in lutto.

Core si rese conto di aver perso il filo di quello che la madre andava dicendo:

—... e oggi la città consegna le proprie speranze ed il proprio futuro nelle mani di un'altro guardiano. Core, che la tua ricerca abbia inizio e che tu possa tornare con colei che ci fu tolta.

Il percuotere degli stivali degli astanti sancì la fine della cerimonia, e fece tremare il pavimento. Era giunto il momento. Per questo l'avevano preparata tutta la vita. Aveva imparato a destreggiarsi con la spada ancor prima di imparare a correre; prima che fosse salda sui

propri piedi già conosceva il peso di un pugnale. Era il momento di fare il suo dovere.

I preparativi furono rapidi e si svolsero nel più assoluto silenzio. In tre l'aiutarono a vestire un'armatura imponente dalle mille placche e mille legacci, così pesante che a ogni guardiano erano necessari anni di allenamento per poterla indossare.

Scambiò un ultimo sguardo solenne con sua madre, che non aveva lasciato il suo fianco da quando si era conclusa la cerimonia della Partenza, e prima che potesse dirsi pronta, scoprì che il silenzio l'avvolgeva e i battenti della fortezza si chiudevano alle sue spalle. Core si trovò sola, nella notte immobile. La bestia che cavalcava era imponente, e sbuffava nuvole di fiato bianco. Con uno schiocco di lingua e dita tremanti, lo invitò ad avanzare nell'oscurità.

Così è come ebbe inizio la ricerca di Core.

Cavalcò per sei giorni, risalendo le valli. Dormiva il più delle volte in sella e si fermava solo per lasciare che il cavallo riposasse qualche ora. Ore in cui montava la guardia, affilando la spada e il pensiero. Sapeva bene che l'assenza di qualsiasi indugio era l'arma più letale.

Con il passare dei giorni, i sentieri che andava percorrendo si facevano sempre più stretti, e presto avrebbe dovuto lasciare libera la propria cavalcatura se non voleva che la sua ricerca finisse rompendosi il collo in una caduta da cavallo.

Non sapeva dove stesse andando, né cosa cercare. Tutto ciò che le era stato detto era di continuare verso sud e di non preoccuparsi di dar la caccia al mostro. L'avrebbe trovata lui. Così era sempre stato. Alla città non era mai mancato il rituale macabro del clangore della lotta e il terrificante silenzio della morte. La marcia funebre della montagna per ogni guardiano che aveva osato addentrarsi tra quei picchi.

Così passarono altri quattro giorni.

Core era esausta. Aveva incominciato il suo viaggio a piedi, las-

ciando libero il cavallo perché tornasse a casa. Ogni muscolo, sotto il peso dell'armatura, urlava per lo sforzo e il suo corpo era coperto di una patina di sudore. Chiamava il mostro a gran voce, ma non ve n'era traccia. Seppur si intravedesse a malapena un timido sole e il vento contorceva in vortici il nevischio, le pareva di muoversi in un inferno. Boccheggiava e lottava per ogni respiro, mentre avanzava tra le cime. Non aveva modo di togliere sola alcun pezzo della grande armatura; in fondo era stata pensata per resistere agli artiglieri di un grande male. Ma ora, nonostante tutti quegli anni di allenamento, il peso del metallo le rendeva ogni passo straziante e le cinghie le tagliavano la carne. Core malediceva una ad una le mille placche, tra i denti stretti, mentre il sangue si mescolava al sudore.

Così trascorsero altri tre giorni.

Se il mostro avesse trovata, a quel punto, non ci sarebbe stata alcuna battaglia, pensò. Non aveva che le forze per rimanere in piedi, e le si offuscava la vista per la stanchezza. Si trascinava a malapena, e con tanta fatica, che spesso si appoggiava alla parete di roccia per sostenersi. Lo stridio del metallo contro la pietra le feriva le orecchie ad ogni passo.

—Almeno il mostro mi troverà presto —si disse— e porrà fine a tutto questo.

Non era neppure capace di chieder perdono alla città, che lasciava tra le sue nevi eterne, e a sua madre, che avrebbe dovuto vivere il più freddo degli inverni, al suo mancato ritorno. I pensieri si perdevano tra i mulinelli di neve e il cigolio delle cinghie che le incidevano sempre più a fondo la pelle.

Al tredicesimo giorno, la fame e la sete la attanagliavano. Più che avanzare ormai cadeva. Inciampava e gettava il proprio corpo e la pesante armatura in avanti, per guadagnare con la disperazione qualche metro. Sullo stretto sentiero ogni colpo risuonava come fossero cento a cadere, cento a trascinare il metallo sulla roccia, cento a strisciare e rialzarsi ancora una volta. Echi di echi di echi riverbera-

vano tra i picchi, e ancora non tacevano quando l'ennesima caduta e il clangore del metallo riempivano nuovamente l'aria. Una cacofonia incessante che annichiliva in Core ogni pensiero. E intessute tra gli echi, come un filo sottile, udiva le montagne rimandarle le urla di disperazione e di dolore che l'armatura e le sue cinghie le strappavano ad ogni movimento.

—Morirò qui. Morirò sola —pensò.

In quell'attimo, perse nuovamente l'appoggio di un piede e quasi precipitò nel dirupo alla sua destra. Terrorizzata ed esausta, sentì il corpo abbandonarla e lasciò che si accasciasse tra la neve.

Per la prima volta, in giorni, il clangore assordante svanì. La montagna taceva. Core pensò che i sussurri che sentiva non erano che i passi leggeri della morte, finalmente venuta a prenderla. Attese, ansimante, ma il cuore continuava a batterle nel petto. Scoprì quindi non era che il vento, che si insinuava tra le placche dell'armatura e pareva parlarle in una lingua che le era sconosciuta. Lo poteva udire solo ora, che la furiosa battaglia di echi era finita. Quando un alito di freddo e neve le accarezzò il volto, socchiuse gli occhi e per la prima volta in giorni si guardò intorno, alzando lo gli occhi dal sentiero.

Giaceva nel mezzo dello stretto passaggio, tra una parete di roccia e un un dirupo. La testa e l'elmo appoggiate sul bordo del precipizio. Giù, centinaia di metri più in basso, scorre il luccichio del metallo. Decine di armature, scomposte e ormai vuote, giacevano immobili. V'erano ovunque. Sulle pietre nude più in basso e, si rese conto, più avanti sullo stesso cammino.

Eppure, non c'era traccia del grande male. Nessun artiglio mostruoso aveva graffiato la pietra ne tanto meno il metallo. Pareva che sangue non fosse mai stato versato. Non c'erano segni di lotta o tracce delle molte battaglie che la città aveva ascoltato, tremando nei propri letti. Solo armature vuote, e le ossa ormai polvere, di chi non era potuto scappare alla loro morsa.

Un singhiozzo strozzato la strappò dal dolore di quella visione.

La comprensione le tolse il poco fiato che le rimaneva, come una lama tra le costole. Non ebbe più la forza di muoversi e lì giacque fino che si sentì cedere al sonno.

Così passò un altro giorno della ricerca di Core.

All'alba seguente, Core era ancora viva. Nella sua mente si rincorrevano pensieri confusi, fantasmi di nebbia, ma le sue dita, seppur tremanti, ricordavano ancora il peso del pugnale assai meglio che qualsiasi altra cosa. Si osservò con distaccata curiosità mettersi con fatica a sedere e estrarre il coltello. Con lentezza lo infilò tra le placche di metallo, a cercare le cinghie ormai affondate nella carne. Tagliò pelle e cuoio, senza distinzione. La punta affilata scalfi più volte le ossa, ma le era indifferente. Con infinita pazienza, uno ad uno, si liberò di tutti i legacci. L'aria gelida le accarezzava nuova pelle ad ogni placca che cadeva a terra, strappandole grida selvagge di gioia. Infine, stremata, si alzò. Era nuda e l'armatura, il grande male, giaceva ai suoi piedi, pelle di serpente abbandonata al sole.

Si scoprì allora scalza e dolorante, persa tra le cime, la neve e il vento. Non sapendo dove andare, continuò semplicemente ad avanzare sul sentiero. Godeva del suo corpo leggero, che pareva ballare nel vento, e del freddo che ne leniva il dolore. Non seppe mai per quanto tempo camminò. Abbastanza perché le stelle si rincorressero nel cielo molte volte. Quando ormai aveva perso nozione dello stesso perché del suo andare, il sentiero si allargò in una lunga curva e si aprì sulle sponde di un lago.

Dalla riva la osservava una donna. Al vederla non sorrise, non si scompose, né le parlò. Il suo sguardo, come mani gentili, ne percorse però il corpo martoriato, sfuggito alla maledizione del metallo.

Cora si udì biascicare, con le labbra rotte e la lingua gonfia:

—Io sono il guardiano e vengo per riportarti a casa, tu che fosti tanto amata, perché il tuo ritorno consoli il cielo e riapra le porte alla primavera.

—Chi sei guardiana?

La voce della donna era dolce come un bacio, una carezza di acqua tiepida.

—Coei che viene a salvarti e riportarti a casa —si sentì rispondere Core—. Ma le parole sembrarono estranee, come all’averle troppo ascoltate e ripetute si fossero consumate, carboni ormai cenere.

—Da che mi salvi? E a che casa vuoi che ritorni?

La sua voce tesseva coperte morbide, di quieta pazienza. Core non seppe cosa rispondere, e domandò invece:

—Perché ci hai abbandonato a un eterno inverno? Perché?

E attese a lungo, malferma sui propri piedi.

—Per salvarvi dalla vostra stessa memoria —disse, infine, la donna.

—C’è stato un tempo in cui camminavo tra le vostre genti e spezzavamo il pane alla stessa tavola. Un tempo in cui nessuna torre osava ostacolare il volo degli uccelli e nessun muro sbarrava il cammino.

»E poi venne un tempo in cui vi dimenticaste di essere solo di passaggio, e a chi attraversava queste terre, che osavate chiamar vostre, faceste pagare il pedaggio con la vita. La stessa paura e lo stesso furore covavate nel petto per i vostri vicini.

»Ed io guardai la terra tingersi di rosso e le mura innalzarsi. Non fui tanto amata, ma vi amai tanto da regalarvi un eterno inverno, perché il freddo placasse il bollore del vostro spirito e soffice neve coprisse ogni cosa, perché dimenticaste ciò che avevate fatto e che i vostri figli giocavano tra le lapidi di un cimitero. Questo fu il mio ultimo regalo, prima di andarmene. Covavo ancora la speranza di poter tornare, un giorno.

»Ma le stagioni passarono e le generazioni si susseguirono, come onde del mare, e, ciò nonostante, e avendo pur dimenticato ormai ogni cosa, ogni tre anni avete continuato a fare dei vostri figli e figlie mostri fasciati di metallo, e li avete mandati a morire suicidi di quelle stesse paure che vi fecero affilare le lame su pelli che non vi appartenevano, in quel tempo che io ancora ricordo.

Core tacque. Quando la voce della donna si era spenta, le era parso che la luce del giorno si fosse fatta più debole. L'orrore la travolgeva in ondate. Maree di nausea a confusione.

Concluse, infine, la donna:

—C'è stato un tempo in cui la tua gente si sedeva ad ascoltare le lunghe storie della foresta e chiedeva consiglio alle formiche prima di un lungo viaggio. Oggi, avete dimenticato ogni cosa e l'inverno è l'unica pace di cui siete capaci. Per me non c'è ritorno, c'è per te? Non hai che chiedermelo e ti aiuterò a indossare nuovamente la tua armatura.

Passarono alcuni minuti di silenzio. Core aveva saputo la risposta nell'esatto momento in cui la domanda aveva lasciato le labbra dell'altra. Aveva saputo e taciuto. Infine, preso un respiro profondo, si mise di nuovo in cammino, senza voltarsi.

Così è come ebbe fine la ricerca di Core.

Alcuni raccontano che ancora oggi Core cammini su stretti sentieri di montagna, in un tempo in cui dei draghi non si ha più memoria e gli eterni inverni son più comuni di sassi sul selciato. Si dice che nei suoi passi si possa ancora udire l'eco del metallo che cade sulla dura pietra e che chi lo senta inizi a straparlare e a vagabondare nudo tra le nevi. Chi vive tra le montagne, ancora si copre le orecchie e scongiora, all'udire qualsivoglia tintinnio di metallo tra le alte cime, per buona misura, terrorizzati di perdere il senno. Della libertà hanno dimenticato il richiamo. D'altro canto, ancora oggi, sono molti coloro che vanno ciechi per il mondo e assai pochi che dolenti si spogliano per incontrare la primavera.

»

APÉNDICE 2

ELÁSTICA

MÓNICA ÁLVAREZ

Ella era de goma, había nacido así, sin huesos.

Su madre, la primera vez que la vio gritó horrorizada:

—Ayyyy... ¡qué horror, he parido un elástico!

Como era una niña, la llamaron Elástica.

Elástica creció como pudo. En sus primeros años, por las noches, atada a los barrotes de la cuna porque se escurría y perdía entre los peluches y luego tardaban horas en encontrarla. Para los paseos la enrollaban en la sombrillita del carricoche, dejándola caer hasta el asiento, y así miraba y observaba el mundo a su alrededor, tan extraño para ella.

A veces se enganchaba con el bolso de una señora y una vez, al cruzar un paso de cebra se enganchó en el semáforo y Elástica se estiraba y se estiraba hasta que por la propia tensión el carricoche se paraba y más de una vez estuvo en un tris de salir volando el cochecito como si fuera un tirachinas.

Ser de goma tenía sus ventajas, apenas sentía dolor, apenas un tironcito, nada que ver con lo que sentía su hermano Evaristo,

que era muy listo pero muy torpe y siempre se estaba dando golpes con los picos de la mesa del salón o al bajar las escaleras del porche. A ella no le ocurría nada de eso, era un alivio.

Elástica fue creciendo y llegó la hora de ir al cole. Surgieron problemas, pero como decía su abuela:

—No te preocupes niña, en esta vida todo tiene solución... menos la muerte— y la enrollaba en su regazo como si fuera uno de sus ovillos de lana de tejer y le cantaba una nana hasta que se dormía.

Le hicieron un traje especial, de una tela muy dura que impedía que Elástica se enganchara en algún saliente cuando salía de estampida en el recreo, o en la barandilla al subir al cole y llegar tarde a clase.

La familia estaba preocupada. Habían ganado muchas batallas con Elástica procurándole una vida confortable y adaptándose a sus requerimientos lo mejor que habían podido. Estas batallas les habían enseñado mucho y como familia habían crecido en armonía.

Pero había algo que no funcionaba del todo bien. Elástica sabía que no encajaba en esta vida ordinaria, todo el mundo eruido, sentándose en forma de ele, y ella haciendo ondas aquí y allá o enroscándose donde podía para buscar su lugar en el mundo. A veces se quedaba horas colgada de la lámpara, pensativa, otras veces se sentía triste y se ponía en bucle debajo de las sábanas, y otras veces se enfadaba sin motivo y le daba latigazos en las corvas a su hermano Evaristo que sabía le fastidiaba un montón.

En el recreo ella veía cómo las niñas podían correr, saltar y jugar a la pelota empujándose entre ellas. Cada vez que se metía por medio, se quedaba enredada en los pies de sus compañeras y esto les molestaba, teniendo que parar el juego y mirándola con rabia. Nunca encontraba ni la posición correcta ni el movimiento perfecto para no interferir en el juego de las demás, así poco a

poco se iba alejando del grupo y se enroscaba en el árbol del patio, o si estaba ocupado porque era el sitio perfecto para jugar a indios y vaqueros, se liaba al poste del megáfono donde se anunciaba todos los días con la misma música el fin del recreo y ahí se quedaba, apartada de las niñas de su clase.

Elástica podía leer, cantar y estudiar historia, además le encantaba escribir cuentos y tenía unos rotuladores especiales que se enganchaban a su cuerpo de goma con un resorte y ella los manejaba a su antojo. Aunque ella no lo sabía, era la envidia de muchas niñas porque tenía mucha destreza y una vida interior tan rica que podía plasmar en el papel cualquier cosa, dibujar un pulpo, describir un sentimiento escondido o planear un viaje galáctico.

Un día precioso de primavera, se organizó en el colegio una excursión a la ruta de la Selva. Era un paraje recóndito a dos horas en tren de la ciudad.

Elástica estaba como loca. Había imaginado tantas veces cómo sería ese lugar, con tantos árboles y tanto verde y tantos lugares fantásticos por descubrir que se pasó la noche en vela, enrollada en su mochila llena de bocadillos y una botella grande de agua.

El conductor y la profe estuvieron de acuerdo en enganchar a Elástica al asiento de al lado del conductor y así evitar que del vaivén se fuera deslizando y se perdiera por uno de los vagones.

Las vistas eran impresionantes. Era la primera vez que Elástica salía de viaje y allí estaba, todo el paisaje para ella, montañas enormes, valles profundos, túneles que le daban un poco de miedo y luego la luz que la hacía encogerse y ensancharse y era como si respirara por primera vez.

Elástica hizo la ruta enrollada en el bastón que usaba la profe para andar por el campo. Iba con los ojos abiertos como soles, sin pestañear, admirando toda la belleza a su alrededor.

Se pararon a descansar en un recodo del camino, pues todavía tenían que volver y ya se estaba haciendo un poco tarde. Sin que la profe se diera cuenta, Elástica se desenroscó hábilmente del bastón y se deslizó suavemente por la ladera del monte. Nadie la echaría de menos y todavía contaba con algo de tiempo para darse una vuelta por su cuenta.

Se sentía tan bien, tan llena de energía. Estuvo jugando con las briznas de hierba haciendo pequeños ramilletes para luego soltarlas y dejarlas como estaban, todas esponjosas y verde brillante, se iba liando con una flor, con un arbusto, las ramas caídas le hacían especial ilusión pues se enroscaba a ellas y las hacía girar y rodar y le daba mucha risa aunque se mareaba un poco.

Se topó con un pequeño bosque lleno de árboles, grandes, frondosos y, para su sorpresa, tenían enrolladas en sus troncos unas gruesas lianas, blancas, verdes, algunas marrones que desde la base del árbol, o algunas desde el centro, subían y subían en círculos hasta la copa perdiéndose en el cielo. Elástica veía cómo estas lianas se unían unas con otras tejiendo un manto por encima de los árboles casi imperceptible.

Eran tan hermosas, tan flexibles, tan fuertes. Eran como ella.

En un santiamén Elástica trepó por el tronco del árbol más grande y se enroscó a la altura de la liana siguiendo su curso hacia lo alto.

Era feliz. Sentía que en ese mundo todo era perfecto para ella, podía trepar sin dificultad, subir y subir y engancharse no solo a ese árbol sino que podía unirse a otras lianas de otros árboles y viajar, y disfrutar. Estaba conectada con la naturaleza y su don de la elasticidad le permitía moverse por entre las copas de los árboles y aventurarse a lo desconocido sin temor a dañarse o caerse, ese miedo que conocía tan bien en su día a día.

Cuando volvió de su maravillosa excursión en solitario, la profe la miraba y sentía que Elástica irradiaba felicidad, los ojos

le brillaban y una gran sonrisa le iluminaba el rostro. Quiso saber su secreto.

Elástica le contó lo sucedido tan deprisa que la profe le tuvo que parar varias veces porque las palabras se atropellaban en su garganta y no se le entendía. Estaba la profe más contenta casi que ella. Le prometió que a partir de ahora volverían a la ruta de la Selva todas las veces que Elástica necesitara, ¡incluso podían hacer camping y dormir alguna noche!

Elástica respiró profundamente y como si un nubarrón se hubiera escapado de su cabeza y le dejara entrever un rayo de luz pensó:

—Mi problema en la ciudad es mi solución en la Selva, aunando los dos mundos consigo encontrar las respuestas que tanto he buscado. Y se durmió plácidamente enroscada en la espalda de la profe.

APÉNDICE 3

VIAJE DEL PINO A LAS MANOS DE UNA ARTISTA

MARÍA JOSÉ PIQUERAS

Érase una vez una gota de resina que vivía en la punta de la aguja de un pino. El pino, aunque bastante viejo, conservaba todas sus hojas y sus ramas eran grandiosas, con montones de ramificaciones y ramitas.

La gota de resina, desde el poro por el que había salido, viajó a lo largo de su árbol encontrando en el trayecto a otras gotas y pegotes de resina, insectos pequeños, hormigas, gusanitos, voladores de todo tipo... Algunos de ellos atrapados trágicamente en alguna gota hermana.

No le gustaban nada esos nidos de gusanos gordos que se llaman procesionaria. Le daban bastante asco. Sin embargo, adoraba sentir cómo el sol la atravesaba haciéndole brillar y resplandecer.

El pino al que pertenecía le hacía sentirse orgullosa. Era de

los más grandes que ella podía ver ¡y veía muchos! Lo sentía latir, vibrar, temblar, susurrar con la suave brisa o enfadarse con el viento de tormenta.

Y el olor... ¡Umm...! El olor de su pino... Cuando llovía y se mojaba completamente: hojas, ramas, corteza... hasta las raíces que asomaban a su alrededor, ¡olía a gloria bendita! y, acompañado por el aroma de la tierra mojada, era el perfume que quería guardar en su memoria.

Tampoco estaba nada mal el olor a pino seco, abrasado por el sol y con orquestas de chicharras de fondo. ¡Ay, qué placer! ¡Qué coro de cri-cri! ¡Qué mareo divino este olor a pino, puro pino, olor y sonido de verano, de siesta, de más resina sudando!

Para la gota de resina, este era el paraíso. No podía haber nada mejor en el mundo.

Un día de mucho calor notó que se derretía más de lo acostumbrado y resbaló de la punta de la aguja en la que vivía, desprendiéndose de ella.

Le cogió por sorpresa, ya que nunca hubiera imaginado tal cosa.

Como en un sueño, o mejor, una pesadilla, vio pasar por delante de ella (aunque en realidad era ella la que pasaba), toda la longitud y grandeza del pino, de su pino.

Pasó por delante de ramas que hacía mucho que no veía. Notó que el grosor de su amado pino había aumentado. Pensó que los años no pasaban en balde. La corteza era tan rugosa que casi no la reconocía. Estaba preciosa con tantas capas, parecía un pastel de mil hojas marrón.

Embobada como estaba contemplando las transformaciones de su pino, no reparó en el lugar al que fue a parar: un recipiente recolector de resina. ¡Dios! ¿Qué sitio es este?

Se integró rápidamente en la pasta de resina que la acogió cariñosamente. Ya no había gotitas de resina, era resina, sin más, solo delimitada por la forma del bote que la contenía.

Un poco asustada y también curiosa por saber qué ocurriría con esa masa de la que ahora formaba parte, preguntó a su alrededor, aunque no recibió respuestas. De repente, sintió moverse el mundo, se movía mucho, era como un gran parque de atracciones: tan pronto un balanceo suave, luego subidas y bajadas, ruidos, choques, traqueteos... La masa de resina reía nerviosa sin saber qué estaba ocurriendo.

Al cabo de un tiempo el calorcito que tenía al lado de su pino fue disminuyendo, llegando a pasar un poco de frío y de golpe, el traqueteo cesó, y a continuación de nuevo el sube y baja del tiovivo, de la noria, los choques y una luz como no había visto nunca. No era luz del sol ni de la luna, era luz artificial.

Lo que ocurrió en los siguientes días lo borró de su mente, ya que fue una pesadilla casi insoportable hasta que llegó, después de tensiones, presiones, calores extremos y chirridos insoportables, el silencio y la oscuridad. Por fin, la gota que ya no era gota, pudo descansar y se pasó dormitando varias semanas.

Un buen día, notó movimiento a su alrededor y una gamuza verde (ahora veía el color) que la cubría, la dejó al descubierto.

Ya no tenía forma de gota ni era una masa de resina. Su forma era una especie de pelotita achatada.

Algo provocó un movimiento de un lado a otro y, frotando unas suaves y tensas crines, sujetas en los extremos por una madera bellamente decorada, se iba liberando parte de su cuerpo, transformado en polvo.

La emoción que le inundó un instante después era indescribible. El polvo desprendido conseguía que las crines en las que se había pegado, emitieran unos sonidos maravillosos, como el canto de las chicharras en verano pero de una belleza multiplicada por cien y luego por mil.

Entonces se dio cuenta. Se había transformado en una preciosa bola de resina para hacer sonar un violín.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner 'alergia', que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...». Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de *La Búsqueda y otros cuentos*
se acabó de imprimir y encuadernar
en enero de 2024.

El taller *Érase tu vez* se imparte regularmente. Si tienes
interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde
se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

En este volumen decimoctavo se han recogido los cuentos escritos por: Federica Milano, Jon Mitó, Beatriz Maciá, Delia García, María José Piqueras, Elena Frutos, Mónica Álvarez, Ana Gesteiro, Maribel García, Ricardo Moreno y Tina Zaplana.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 27, 28 y 29 de octubre de 2023 en La Casa de la Piedra. Murcia.www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-6-4



978-84-126443-6-4